

LA FARSA

...ERGER. 1928.

FEDERICO ROMERO Y G. FERNANDEZ SHAW

LA MORERIA

Zarzuela en tres actos, en verso, basada en la célebre obra de Julio Dantas LA SEVERA, obra maestra del teatro portugués.

14

50 CENTIMOS

LA MORERIA



FEDERICO ROMERO
Y GUILLERMO FERNÁNDEZ-SHAW

LA MORERIA

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO, BASADA EN LA OBRA DE JULIO DANTAS «A SEVERA»

Estrenada en el Teatro de la Latina, de Madrid, el día 20 de abril de 1928.

MÚSICA DE RAFAEL MILLAN



LA FARSA

AÑO II — 26 DE MAYO DE 1928 — NÚM. 38

MADRID

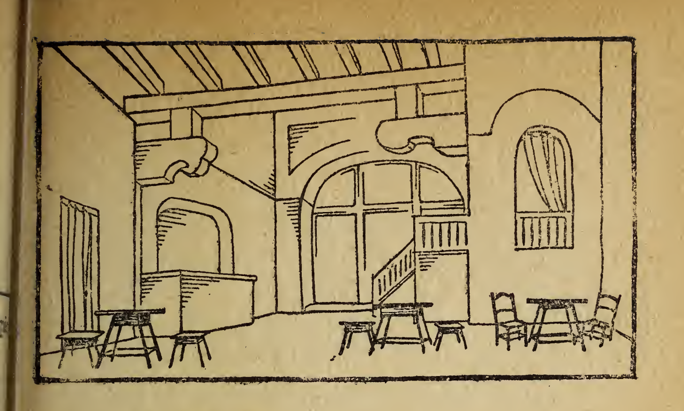
REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SEVERA	Srta. Pérez Carpic
LA MARQUESA	» Durán.
LA CHICA	» Cadenas.
UNA GITANA	» Muñoz.
UNA VIEJA	» Ruiz.
UNA VENDEDORA	» Muñoz.
UN ZAGAL	Niña Paso.
DON JUAN, CONDE DE MARIALVA	Sr. Rusell.
EL CUSTODIA	» Romeu.
ROMAN	» Navarro.
MEJORANA	» Gallego.
DON JOSE	» Frontera.
DIEGO	» Gallegos.
TIMPANAS	» Iborra.
EL MULATO	» Monteagudo.
EL FALUA	» Moriña.
SOLDADO 1.°	» Stern.
SOLDADO 2.°	» Castillo.

Mujeres de la Morería, aristócratas, estudiantes, caballerizos, postillones, mozas y hombres del pueblo.

La acción en Lisboa a la mitad del siglo XIX

Lados, los del actor.



ACTO PRIMERO

Un café popular en el barrio de la Morería, en Lisboa, centro de traficantes, postillones, chalanes y mujeres alegres. En el segundo término de la izquierda, una escalerilla que comunica con el piso inmediato, en donde el CONDE DE MARIALVA tiene un cuarto arrendado. Mostrador a la derecha. Puerta al fondo, con tres escalones que suben a la calleja. Sobre una de las mesas, una guitarra. Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

LA CHICA, UNA GITANA, UNA VIEJA, EL CUSTODIA, ROMAN, DIEGO, EL MEJORANA, DOS SOLDADOS y UNOS ESTUDIANTES.

ROMÁN, tipo de caballista alentejano—chaqueta de astracán, calzado de ante y espuela en un sólo pie—, conversa con DIEGO, sentados ambos ante una mesa de primer término derecha. Con ellos está la CHICA, la amiga de DIEGO. El CUSTODIA, pobre diablo epiléptico, algo tullido de una mano, sentado en otra mesa del centro, en primer término, cuenta las monedas de plata que va descosiendo del forro de su traje. Ante la mesa del primer término de la izquierda, la VIEJA y uno de los SOLDADOS están sentados; el otro la escucha de pie. En otras mesas inmediatas del segundo término de la derecha y centro, unos ESTUDIANTES charlan y se divierten con la GITANA, que acude inmediatamente a una y otra mesa. El MEJORANA, mozo del café, va de mesa en mesa atendiendo al servicio.

MUSICA

DIEGO. — Sirve, Mejorana,
que el señor convida.

ROMÁN. — ¡Hay aquí mucho oro!

MEJORANA. ¡Voy allá en seguida!
SOLDADO 1.° Cállese usté, abuela.
VIEJA. Eso es la verdad.
SOLDADO 2.° ¿Dónde está esa niña?
VIEJA. En mi vecindad.
Tiene los ojos
como puñales
envenenados;
a todos mira
y todos quedan
enamorados.
SOLDADO 1.° ¡Vaya una niña!
SOLDADO 2.° ¡Cualquiera acepta!
SOLDADO 1.° ¡Cualquiera va!
VIEJA. No seáis tontos,
y de mi mano
venid allá.
GITANA. Yo no entiendo de letras
como vosotros;
pero el sino y la suerte
leo en los ojos,
y en una mano
sé leer el destino
y adivinarlo.
ESTUDIANTES. Pues dinos ya las notas
que sacaremos
en la Filosofía
y en el Derecho.
GITANA. ¡Sobresalientes...
en correr aventuras
y amar mujeres!
(Ruidosa y alegremente hacen mutis los Estudiantes y la Gitana.)
CUSTODIA. ¿Será bastante, Severa?
Si no es bastante, ¿cuándo
tu cariño conseguiré?
¡Ay, el quererte con ansia,
gitana, cuánto me cuesta!
Si he de vivir penando,
en mal día me enamoré.
Por tu cariño me muero,
y, sin embargo, te quiero.
¡Ay, corazón de mujer!
¡No te conmueve mi padecer!
MEJORANA. *(Junto a Román y Diego.)*
Aquí está el aguardiente.

DIEGO. ¡Por el negocio!
(Brindando.)
ROMÁN. Yo, para negociante,
me pinto solo.
DIEGO. ¡Menudo vivo!
Acércate otras copas,
que yo convido.
CUSTODIA. Llevo en el pecho tu imagen
y me da fortaleza y poder.
Por lograrte, mi Severa,
¡qué locuras sabría yo hacer!
¡Ay, si un día tú me quieres,
flor envidiada de las mujeres!
¿Será bastante, Severa?
¿Será bastante, mujer?
¡Mujer!

HABLADO

DIEGO. ¡Viva el rey del Alentejo!
ROMÁN. ¿Lo dice por mí?
DIEGO. Pues claro.
ROMÁN. Como que no hay en mi tierra
quien sepa más de caballos.
MEJORANA. *(Interviniendo.)*
Vamos, que a mí me dijeron
que se la dan más de cuatro...
¡Y le venden cada anchoa!
ROMÁN. ¿A mí? ¿Quién?
CHICA. Algún gitano.
(La Vieja y los Soldados hacen mutis.)
DIEGO. ¡Cállate, Chica! ¿No sabes
lo que te tengo mandado?
ROMÁN. ¡Vaya! ¿Sabe usted de alguno
que quiera vender un jaco?
MEJORANA. El conde.
DIEGO. ¿El conde?
(Mejorana hace señas de inteligencia que hacen comprender a Diego.)
MEJORANA. Marialva...
Don Juan...
ROMÁN. ¿El torero bravo?
MEJORANA. ¡Mi compañero!
ROMÁN. ¿De qué?
MEJORANA. ¿De qué? Pues de que alternamos.

ROMÁN. ¿Aquí?

MEJORANA. Sí, señor: ¡aquí!
Y el día menos pensado,
me saca a rejonear...
¡Y ya veréis! ¡Me lo jamo!

ROMÁN. Y ese caballito, ¿es cierto
que lo venderá?

MEJORANA. Ipso facto.

ROMÁN. ¿Se llama así?

MEJORANA. Es una máxima
del Korán, que viene al caso.

DIEGO. Pero, oye, ¿tú te refieres?...

MEJORANA. ¡Al alazán!
(Guiñándole un ojo.)

DIEGO. *(Aparte, a Mejorana.)*
¿Al cegato?
(Alto.)
Pero, si ese no quería
venderlo ayer ni cambiarlo,
porque ese es un animal...
¡Vaya un animal!

ROMÁN. ¿Muy caro?

DIEGO. O, por lo menos, el Conde,
que ahora estará toreando
con él, lo tiene en estima.

MEJORANA. Porque es un bruto muy majo.

DIEGO. *(Dándole palmadas en el hombro.)*
¡Qué bruto, Román, qué bruto!

MEJORANA. *(Lo mismo.)*
¡Qué animal!

ROMÁN. Entraré en tratos.
¿Dónde puedo ver al conde?

DIEGO. Pronto vendrá.

MEJORANA. *(Por el de la escalera.)*
En ese cuarto
duerme cuando está en Lisboa.

ROMÁN. ¡Un conde y en este barrio!

DIEGO. Y al acabar la corrida
viene aquí, a escuchar el canto
de la Severa.

MEJORANA. También
la conocerá.

ROMÁN. Sí, algo...
De nombre. Es una fadista.

DIEGO. Algo más. Ella... es el fado.
¿Verdad, Custodia?

CUSTODIA. Verdad,
si tú lo dices.

DIEGO. ¡Ah, diablo!
¡Disimulas que la quieres!...
¡Sacristán!

CHICA. ¿Quieres dejarlo?

DIEGO. ¡A ver si tú estás celosa
de la Severa!

CUSTODIA. ¡Bellacos!
¡Granujas!

DIEGO. ¡Ladrón! Y, ¿dónde
vendiste los candelabros
que robaste en el convento
de Guimaräes?

CUSTODIA. *(Levantándose.)*
¡Mal rayo!...
(Yéndose por el foro.)
¡Qué cosas, Señor, qué cosas!
(Mutis.)

CHICA. ¿No te da pena el cuitado?

DIEGO. Paga, Chica. ¡Mejorana!
Cóbrale a la Chica el gasto.

CHICA. Eso sabes tú.

DIEGO. ¿No quieres?

CHICA. ¡No he de querer, condenado!
(Da unas monedas a Mejorana. Por el fondo entran TIMPANAS, *postillón, y algunos hombres, que se acomodan en las mesas que han dejado libres los Estudiantes y Soldados y la Vieja.)*

ESCENA SEGUNDA

ROMAN, DIEGO, LA CHICA, MEJORANA y TIMPANAS. Luego DON JOSE.

TIMPANAS. ¡Venga ese vinillo fresco!

MEJORANA. ¡Voy!

DIEGO. ¡Timpanas!

TIMPANAS. ¿Qué hay, muchachos?
¡Buena corrida! ¡Ese conde
es un valiente!

ROMÁN. ¡Un jabato!

TIMPANAS. ¡Qué tres rejones ha puesto!
¡Qué de gritos! ¡Qué entusiasmo!
Las mujeres, ¡qué miradas!
Los hombres, ¡qué olés y bravos!

ROMÁN. Y... ¿vendrá?

TIMPANAS. ¡No ha de venir!
Yo le adelanté. A caballo
viene por ese paseo,
también recogiendo aplausos.

ROMÁN. ¿En el alazán?

TIMPANAS. En él.

DIEGO. ¡Qué alazán!
(Haciendo signos de inteligencia a Timpanas.)

MEJORANA. ¡Eso es un rayo!

ROMÁN. Si no viniese...

DIEGO. No tema.
Ahora que... estará reacio.

TIMPANAS. *(Aparte a Mejorana.)*
Oye... ¿por qué esos elogios
a un caballejo tan malo?

MEJORANA. Para darle una lección
a un chalán.

TIMPANAS. ¿A ese tío guapo?

MEJORANA. Es más fanfarrón que tonto,
y es más tonto que un canasto.

DON JOSÉ. *(Entra por el foro. Viste casaca verde bordada y botas a la portuguesa.)*
¡Hola, Mejorana!

DIEGO. Mire;
don José.

MEJORANA. Pronto acabaron.

DON JOSÉ. Marialva estuvo valiente
y a mí apenas me ha dejado
correr con el primer toro.

ROMÁN. Y él, ¿no viene?

DON JOSÉ. Sí. Quedamos
en que aquí vendría luego.
¿No llegó? Pues es extraño.

ESCENA TERCERA

Dichos y la MARQUESA.

MARQUESA. *(Asomando en la puerta del foro, queriendo recatarse.)*
¡Chist! Don José...
DON JOSÉ. ¿Quién me llama?
¿Vos, marquesa encantadora?
MARQUESA. ¿Puede entrar aquí una dama?
DON JOSÉ. Es un cafetín, señora;
pero si venís buscando
a vuestro amante quizás,
pechad con lo menos, cuando
no le temáis a lo más.
MARQUESA. *(Entrando con Don José y yéndose con él a un extremo, velando el rostro, en parte, con su chal.)*
No es mi amante todavía...
DON JOSÉ. Todavía... ¡Es un poema!
MARQUESA. Porque lo fuese, daría
cien perlas de mi diadema.
MEJORANA. *(Acercándose a la Marquesa.)*
¿Qué va a tomar?
DIEGO. ¡Aguardiente!
MARQUESA. ¡Jesús!
DON JOSÉ. Vete, Mejorana.
MARQUESA. Vámonos, porque esta gente...
MEJORANA. No se me asuste, gitana.
(Se vuelve al mostrador.)
DON JOSÉ. Pronto llegará don Juan.
MARQUESA. No, no me aguardo; mas quiero
que vos le expliquéis mi afán
y le digáis que le espero.
DON JOSÉ. ¿Habéis contado conmigo
para este ingrato papel?
MARQUESA. ¿No sois su mejor amigo?
Hacedlo por mí... y por él.
Decidle que en mi carruaje
le aguardo con emoción,
y que no me haga el ultraje
de olvidar mi invitación;
que aquel clavel encarnado
que en la plaza le arrojé,
con mi boca lo he besado,
con mis ojos lo miré;

que él lo bese y él lo mire,
aunque no esté enamorado...
Si no me ama... que lo tire
después de haberlo besado.

DON JOSÉ. Se lo diré...

MARQUESA. Gracias.

DON JOSÉ. ¿Dónde
le esperáis?

MARQUESA. En el paseo.

DON JOSÉ. Marquesa... ¡quién fuera el conde
en vez de su cirineo!

(Vase la Marquesa por el foro. Don Jose la acompaña hasta la puerta.)

DIEGO. ¡Buena estampa!

DON JOSÉ. Vino en pos
del caballero Marialva.

TIMPANAS. ¡Soberbia mujer, por Dios!

ROMÁN. ¡Hermosa yegua cuatralba!

CHICA. Yo me voy...

DIEGO. Adiós, pequeña.
Y ¡a ver qué se hace!

CHICA. ¡Hasta luego!

(Mutis por el foro.)

ROMÁN. ¿Es su amante?

MEJORANA. *(Acción de pegar.)*
Este es la leña
y ella, la pobre, es el fuego.
(Indicando que es la que paga.)

ESCENA CUARTA

MARIALVA, DON JOSE, DIEGO, TIMPANAS, MEJORANA y CORO DE HOMBRES.

MUSICA

MARIALVA. *(Dentro.)*
¡Guardadme el caballo!

DON JOSÉ. ¡El conde!

TODOS. ¡Don Juan!

DIEGO. Cesaron sus dudas,
amigo Román.

(Expectación y alegría entre los concurrentes, que acuden a la puerta.)

TODOS. ¡El conde gitano!
¡El gran lidiador!
¡El dios de las damas!
¡El rey del amor!

(Aparece en la puerta el CONDE DE MARIALVA, *vistiendo casaca roja bordada en oro, botas a la portuguesa y sombrero de tres picos. Trae en una oreja una flor encarnada y en el pecho, bajo la solapa de la casaca, un zapato rojo de mujer.)*

MARIALVA. Amigos y compañeros
de risas y borracheras:
¡aquí ya tenéis
otra vez a don Juan!
Mis sueños de gloria
colmados están.
¡Bebed!... ¡Que el vino
lo paga don Juan!

TODOS. ¡Bravo, Marialva!
¡Viva don Juan!

(Avanza Marialva arrogante, como en país conquistado, llenando la escena.)

MARIALVA. Acercaos a mi mesa,
compañeros, y brindad.

TODOS. Esta tarde en la corrida
bien quedaste de verdad.

MARIALVA. ¡Buena tarde, bravos toros!
¡Cuántos gritos de mujer!
Por oírlos, ¡cuántas veces
me he dejado yo coger!
¡Amigos y compañeros
de risas y borracheras!
Venid a mi lado,
que os diga mi afán.
Mis sueños de gloria
colmados están.
¡Oid... la suerte
que tiene don Juan!

Son trofeos de mi empresa,
—doble premio que me ufana—,
el clavel de una marquesa
y el chapín de una gitana.
(Ha tomado, uno en cada mano, los dos trofeos.)
La marquesa lo ha dejado
resbalar desde su boca;

la gitana lo ha arrojado
con la furia de una loca.
El clavel me ha acariciado,
el chapín me abrió una herida;
el clavel se ha marchitado
¡y el chapín se me ha clavado
como un puñal, en mi vida!
Clavel, romántico clavel,
fragante y pintado
clavel encarnado;
gentil mensaje de un amor,
¿por qué a mí has llegado
marchito y deshojado?
Clavel, fragante clavel,
¡igual que muere tu olor
se acaba y muere el amor!
Esta flor,
que fué mensaje de amor,
es el recuerdo fugaz
de una tarde llena de sol.
Clavel, fragante clavel,
igual que muere tu olor
se acaba y muere el amor.
(Don José hace mutis por la escalera.)

Todos. Clavel, fragante clavel,
igual que muere tu olor
se acaba y muere el amor.

Marialva. Mi amor ataron las cintas
de aquel chapín endiablado
que hirió mi frente al caer,
volando y ardiendo
como el corazón
de aquella genial mujer.

HABLADO

Diego. ¡No hay torero más valiente!
Mejorana. ¡Viva el Conde de Marialva!
Timpanas. ¡Ganas me dan de abrazarle!
Marialva. ¡Hombre! Y, ¿por qué no me abrazas?
Timpanas. Señor conde; ¡un postillón!
(Marialva abraza a Timpanas.)
Román. *(Aparte a Diego y Mejorana.)*
La ocasión la pintan calva.
¿No está ese alazán afuera?
Diego. Vamos a ver esa alhaja.

DON JOSÉ. *(Sale a lo alto de la escalera, cambiada su casaca por una chaqueta.)*
¿Vas a cambiarte de ropa?

MARIALVA. ¡Claro que sí!

DIEGO. Ven, Timpanas.
(Mutis por el foro, de Diego, Román, Timpanas y Mejorana.)

ESCENA QUINTA

MARIALVA y DON JOSE.

MARIALVA. Pero, ¿a dónde irá esta gente?
(Don José, que había entrado de nuevo en el cuarto de arriba, vuelve a salir y saca en la mano una chaqueta de terciopelo para el Conde.)

DON JOSÉ. Toma, Juan.
(Le echa la chaqueta, y el Conde la deja sobre una mesa mientras se quita la casaca.)

MARIALVA. ¡Olé!

DON JOSÉ. ¿Qué falta?

MARIALVA. Que vengas.

DON JOSÉ. ¡Bueno!
(Baja.)
Pero oye;
¿te has hecho sangre en la cara?

MARIALVA. ¡Es un zapatazo!

DON JOSÉ. ¿Y ese
clavel?

MARIALVA. *(Indiferente.)*
Un clavel.

DON JOSÉ. ¡Qué guapa
la marquesa, y qué elegante!
Chico: ¡cómo te miraba!

MARIALVA. ¡Bah!

DON JOSÉ. Te quiere la marquesa.
¡Está loca!

MARIALVA. Está empeñada
en que la adore un torero.
¡Hombre! ¿Por qué no te lanzas?

DON JOSÉ. Si es por tí por quien suspira.

MARIALVA. ¿Por mí? ¡Bah! Por mi casaca.

DON JOSÉ. ¿Estás seguro?

MARIALVA. Sí.

DON JOSÉ. Entonces,
¿por qué estuvo aquí hace nada
rogándome que te diga
que está en su coche... y que vayas?

MARIALVA. ¿Aquí estuvo?

DON JOSÉ. ¡Qué anhelante,
qué trémula!

MARIALVA. ¡Y qué pintada!
Pues no voy... ¡Una fadista
elegante!... ¡Una madama
de los bailes del Farrobo...!
¡Una boba! ¡Una romántica...!
¡No es mi tipo!
(Dando una navarra con la casaca y entregándosela a Don José.)

DON JOSÉ. Pero... ¡vamos!
¡Señor conde de Marialva!

MARIALVA. Yo no soy conde... ¡Yo soy
torero y fadista!

DON JOSÉ. ¡Vaya;
que no saldrás del café!

MARIALVA. Ya no salgo hasta mañana.
(Don José sube la escalera para dejar la casaca en el cuarto.)

DON JOSÉ. Y aquí pasarás las horas
con la Severa.
(Sarcástico.)

MARIALVA. Y se pasan
mucho mejor que en el coche
de esa marquesa liviana.

DON JOSÉ. ¡Con la Severa!

MARIALVA. Tres cosas
en el mundo me entusiasman:
un caballo entre las piernas,
un toro bravo en la plaza
y la Severa cantando...
¿Tú la has visto cuando canta?

DON JOSÉ. Bueno, conde, ya comprendo,
viéndote cómo te exaltas,
que esa mujer es tu amante;
la de este mes, la de tanda.

MARIALVA. Si lo fuera...

DON JOSÉ. ¡Qué!

MARIALVA. ¿Estaría
en el barrio?

DON JOSÉ. La llevabas
a tu palacio. ¡Qué loco!

MARIALVA. ¡Qué loco!
(Remedándole.)

DON JOSÉ. Bien, menos chanzas,
que yo te doy un consejo
de amigo.

MARIALVA. ¿Amigo? Pues, anda,
búscame a la marquesita
de la peluca dorada
y dile que..., ¡lo que quieras!

DON JOSÉ. ¿Lo que quiera?

MARIALVA. Que tú bastas
para hacerle a su marido
el favor de contentarla.

DON JOSÉ. ¡Ay, Conde! ¡Quién lo dijera!
¡Tú! ¡La flor de los Marialva!

MARIALVA. ¡Las flores duran tan poco!...

DON JOSÉ. Y, ¿qué es lo que dura?

MARIALVA. Nada.
La vida es una mazurca
y eso es lo que hago: bailarla.
(Mutis de Don José por el foro.)

ESCENA SEXTA

MARIALVA, DIEGO, MEJORANA y TIMPANAS. Luego ROMAN.

DIEGO. *(Entrando con los otros.)*
Señor conde...

MEJORANA. Señor conde...

TIMPANAS. Señor conde.

MARIALVA. ¡Qué! ¿Qué pasa?

DIEGO. El alazán... ¡que os lo compran!

MARIALVA. Pero... si no ve.

DIEGO. Esa falta
más la tiene el comprador
que el caballo...

MEJORANA. Es un tontaina.

TIMPANAS. ¡Román!

MARIALVA. ¿El alentejano?

MEJORANA. El mismo...

DIEGO. Y dice que paga
veinte moneditas de oro.

MARIALVA. ¡Que pase! ¡A ver! ¡La guitarra!
Voy a entonarme... No crea
que yo le doy importancia.

DIEGO. ¡Veinte monedas!
TIMPANAS. ¡Y ciego!
MEJORANA. ¡Qué daría por un águila!

MUSICA

DIEGO, TIMPANAS Y MEJORANA.
¡Señor Román!
Pasar podéis,
que ya tenéis
aquí a don Juan.
Entrar podéis,
señor Román.
(Aparece ROMÁN *en la puerta*

ROMÁN. ¿Da su licencia el señor Conde?
¡El señor Conde manda en mí!

MARIALVA. *(Cantando con la guitarra, sin hacerle caso.)*
«No puedo decir en donde,
¡ay! en donde la conocí...»

DIEGO, TIMPANAS Y MEJORANA. *(A Román.)*
Debierais ir derecho al bulto.

ROMÁN. *(Avanzando hasta ponerse al lado del Conde.)*
¡Señor don Juan, que estoy aquí!

MARIALVA. «Mas tengo un dolorcito oculto
desde el día que la vi.»

ROMÁN. *(A los otros.)*
No me hace caso
su señoría.

DIEGO, TIMPANAS Y MEJORANA.
No se ha fijado
quizás en vos.

ROMÁN.
¿Soy tan pequeño?
¡Pues en mi tierra,
de mi estatura
no habrá ni dos!
(A Marialva.)
Querido Conde,
mirad por Dios.

MARIALVA. ¿Quién es?
(Mirando a Román.)

ROMÁN. Soy yo.

MARIALVA. ¡¡Ah!!
(Deja la guitarra.)

DIEGO, TIMPANAS Y MEJORANA. ¡¡Oh!!

MARIALVA. (*Vivamente.*)
Y ¿qué queréis de mí?
ROMÁN. Perdón, si os ofendí.
MARIALVA. ¡Hablad!
ROMÁN. (*Azorado.*) Sí...
Yo soy el Román.
DIEGO, MEJORANA Y TIMPANAS. Fíjese, don Juan.
... Que está encaprichado
con vuestro alazán.
MARIALVA. Pues yo soy don Juan.
DIEGO, MEJORANA Y TIMPANAS. Fíjese, Román.
MARIALVA. Y nunca he pensado
vender mi alazán.
ROMÁN. Doy quince monedas
por él, si queréis.
MARIALVA. Pues yo no lo vendo
ni por diez y seis.
DIEGO, MEJORANA Y TIMPANAS. ¡Ya habéis rebajado!
MARIALVA. Por veinte, quizás.
DIEGO, TIMPANAS Y MEJORANA. Y claro que vale
muchísimo más.
ROMÁN. No tendrá resabios,
que a mí no me placen,
ni malas querencias
cuando me lo hacen
pagar tan bien.
MARIALVA. Aunque no tiene mucha presencia,
es bravo y es torero y algo fadista.
Su falta es, en conciencia,
que no tiene traza,
que no tiene vista.
LOS OTROS. ¡Que no tiene vista!
MARIALVA. Pero, ¡hay que mirarlo en la plaza!
¡No hay jaca tan bella y tan lista!
¡Qué lástima, señores,
que no tiene traza,
que no tiene vista!
LOS OTROS. ¡Que no tiene vista!
ROMÁN. Es buen alazán.
MARIALVA. ¡Querido Román,
se ve a cinco leguas
que sois un chalán!

DIEGO, MEJORANA Y TIMPANAS. — Este es un truhán.

ROMÁN. — ¡Querido don Juan,
ya veis cómo saben
que no me la dan!

MARIALVA. — En veinte monedas
se da, por ser vos.

ROMÁN. — Hacedme rebaja
siquiera de dos.

DIEGO, MEJORANA Y TIMPANAS. — ¡Menudo negocio!

MARIALVA. — ¡Y aun regateáis!

DIEGO, MEJORANA Y TIMPANAS. — ¡Si más que venderlo
se lo regaláis!

ROMÁN. — Me habéis conquistado
(Sacando la bolsa.)
¡Vendéis y cobráis!

TODOS MENOS ROMÁN. — Llevarse el caballito
es una conquista.
Ya estáis bien enterado
de que es un artista.

MARIALVA. — Que tiene poca estampa,
¡que no tiene vista!

LOS OTROS. — ¡Que no tiene vista!

MARIALVA. — Pero es un caballo valiente
y, en manos de un buen caballista,
no piensa al mirarlo la gente
que no tiene vista.

LOS OTROS. — ¡Que no tiene vista!

ROMÁN. — Las monedas, señor Conde.

MARIALVA. — Vengan, pues, que me arrepiento.
(Las toma.)

DIEGO, MEJORANA Y TIMPANAS. — ¡Y que sea enhorabuena!

MARIALVA. — ¡Entregadle el alazán!

ROMÁN. — *(Aparte.)*
¡De qué modo le he engañado!

DIEGO, MEJORANA Y TIMPANAS. — ¡Buen negocio!

TODOS. — ¡Ja, ja, ja!
(Mutis de Román, presumiendo de negociante, mientras que Marialva vuelve a

canturrear a la guitarra y los demás rían bulliciosamente.)

ESCENA SEPTIMA

LOS MISMOS, menos ROMAN, y DON JOSE.

HABLADO

DIEGO. ¡Ya va por la calle abajo!
TIMPANAS. ¡Qué fanfarrón!
MEJORANA. En Lisboa
no hay quien le gane la plaza
de fanfarrón y de idiota.
MARIALVA. *(Arrojando una moneda de oro sobre el mostrador.)*
Señores: ¡a la salud
de Román, que sirvan copas!
TIMPANAS. ¡Viva don Juan!
DIEGO. ¡Viva el Conde
de Marialva!
(Se agrupan en el mostrador y Mejorana les sirve a todos.)
DON JOSÉ. *(Entrando por el foro.)*
Juan, perdona.
Dice que, como no acudas,
vendrá aquí a las altas horas
de la noche, cuando tú
cantas fados con la otra.
MARIALVA. ¡Pero hombre!...
DON JOSÉ. No hay más remedio.
Sígueme.
MARIALVA. ¿Con esta ropa?
DON JOSÉ. Con ésa; precisamente
es como más la enamoras.
MARIALVA. ¿Y si viene la Severa?
La he citado aquí.
DON JOSÉ. Si es cosa
de un paseíto.
MARIALVA. Pues vamos...
DON JOSÉ. ¡Gracias a Dios!
MARIALVA. Te sofocas
por unos conflictos...
DON JOSÉ. ¡Eso!
Como tú no la soportas...
cuando no estás a su lado...
Y ya verás... ¡Está hermosa!

MARIALVA. Don José... o don Celestino, sosiégate.

DON JOSÉ. ¡Y aún te mofas!

MARIALVA. Fuí gitano diez minutos; ¡seré conde un cuarto de hora!
(Mutis de los dos por el foro.)

ESCENA OCTAVA

TIMPANAS, DIEGO, MEJORANA. Luego ROMAN.

DIEGO. ¡Buen aguardiente, compadre!

MEJORANA. ¡Por Román!

DIEGO. ¡Y por su compra!

TIMPANAS. Oye, Diego... y ¿qué demonios
le habíais hecho al Custodia,
que me lo encontré en la calle
furioso como una loba?

MEJORANA. Anda tras de la Severa.

TIMPANAS. ¡Pobrecillo!

DIEGO. Y se le nota
que está muy enamorado,
porque el dinero que ahorra,
para conquistarla, puede
que lo esté juntando a costa
de no comer... y se pone
a su lado y, con voz ronca,
le pregunta: «¿Es ya bastante?...»
Y ella se calla, y él llora.
(Se oye, lejano, un gran bullicio.)

TIMPANAS. ¿Qué es eso?
(Mejorana se asoma a la puerta y Román llega en este momento.)

MEJORANA. ¿A ver?

ROMÁN. ¡Cuánta gente!

MEJORANA. ¡Es la Severa! Con todas
las mujeres de este barrio.

ROMÁN. ¿La Severa? ¡Buena moza!

MEJORANA. ¡La que está por los valientes!

DIEGO. ¡Por los jaques!...

ROMÁN. ¡Hola! ¡Hola!
¿Conque jaques?... Vais a ver
lo que es gente bravucona.
¡Dejádmela a mí!

DIEGO. *(Aparte, a Mejorana.)*
¡Lo lisia!

TIMPANAS. *(Lo mismo.)*
¡Lo calienta!
MEJORANA. *(A los otros.)* ¡Lo desloma!

ESCENA NOVENA

DICHOS, SEVERA, LA CHICA, MUJERES del pueblo y HOMBRES de todas clases.

MUSICA

CORO. *(Entrando en remolino.)*
¡Severa, Severa!
¡La diosa del barrio!
¡La furia gitana!
¡La reina del fado!
¡Llega, Severa!
¡Canta, gitana!
¡Viva tu sangre!
¡Viva tu raza!

SEVERA. *(Apareciendo en la puerta con los ojos brillantes y la cara arrebolada. Trae un pie sin zapato.)*
¡Viva el Conde de Marialva!

CORO. ¡Viva!

SEVERA. ¡Ese sí que es el orgullo
de mi raza!
Desde el campo de Santa Ana
vengo descalza de un pie.
El zapato al señor Conde
de entusiasmo le tiré.
¡Bebed a su salud!
¡Brindemos por don Juan!
¡Cantad, cantad conmigo,
porque en su honor
voy a cantar!

CORO. ¡Bebed, a su salud, etc!

SEVERA. Venga la guitarra.

CORO. ¡La guitarra ahí va!

SEVERA. ¡Ay, guitarra mía,
suena, suena ya!

(La Chica toma la guitarra de la mesa, donde la dejó el Conde, y se la entrega a Severa. Esta se sienta sobre la mesa de la izquierda, dando frente al público. Cuatro gitanas se colocan a sus pies; los demás concurrentes, a su alrededor y hacia la derecha, forman cuadro, mientras que Severa canta.)

Caballero, caballero,
tipo bravo de torero,
no me seas traicionero
porque yo te quiero bien.
Sé conmigo zalamero,
que ya sabes, caballero,
con el ansia que te espero...
a pesar de tu desdén
¡Ay, quiéreme a mí...
—porque no—
... igual que a ti yo...
—porque sí—.
¡Ay, quiéreme tú, mi tirano!
¡Torero! ¡Gitano!
Que mi alma voló...
—porque sí—
... en busca de ti...
—porque no—.
Y si tú no vienes me muero;
me muero de amor.

CORO. Caballero, caballero,
tipo bravo de torero, etc.

SEVERA. El fado es una caricia
que a todas las almas se acerca.
Lo mismo que va por el suelo
sube al cielo
para hablar con las estrellas.
El fado es una sonrisa
que sabe ocultar una pena.
Parece que ríe y que llora...
¡cuando ríe o cuando llora el corazón!

CORO. El fado es una caricia
que a todas las almas se acerca.
Lo mismo que va por el suelo
sube al cielo
para hablar con las estrellas.

SEVERA. El fado es una sonrisa
que sabe ocultar una pena.
Parece que ríe o que llora...
¡cuando ríe o cuando llora el corazón!

HABLADO

TIMPANAS. ¡Bien, Severa!

MEJORANA. El señor Conde
satisfecho debe estar.

SEVERA. ¡Viva el Conde de Marialva!
TODOS. ¡Viva!
SEVERA. No hay en Portugal
caballero que le iguale.
¿Verdad, Timpanas?
TIMPANAS. Verdad.
SEVERA. Y el que diga lo contrario,
¡ya se puede preparar!
(Amenazando con la guitarra.)
ROMÁN. *(Adelantándose fanfarronamente.)*
Yo lo digo.
SEVERA. ¿Qué?
(Lanzándose contra él, con la guitarra en la mano. La contienen Timpanas y Diego.)
DIEGO. ¡Severa!
SEVERA. *(Deponiendo su furia para reírse, al ver la estampa del caballista.)*
¿Quién es este pavo real
vestido de personaje?
TIMPANAS. ¿No le conoces? ¡Román!
ROMÁN. *(Lleno de miedo, pero queriendo congraciarse.)*
¿Estás de broma?
(Risas.)
SEVERA. ¡Qué tipo!
(Dándole una palmada en el vientre.)
¡Salud para conservar
esa panza! ¿A ver?
(Acercándose a mirar la cadena que lleva.)
Señores:
¡qué cadenita!
ROMÁN. *(Pasándole a ella la mano por la cadera.)*
¡Caray!
¡Buena grupa!
SEVERA. *(Dándole un manotón.)*
¡Sinvergüenza!
MEJORANA. ¡No se permite tocar!
TIMPANAS. Es Román, el traficante
de caballos.
DIEGO. ¡Un nabab!
Tiene más oro que pesa.
SEVERA. ¡Que aproveche!
ROMÁN. Ven acá.
(Haciendo sonar una bolsa.)
Mira cómo suena; es oro.
Te lo podrías ganar,
si quisieras.

SEVERA. *(Con desprecio.)*
¡Muchas gracias!
Es muy poco. Y, además,
me sobra para arrojarte
un puñado.
(Tirándole a la cara un puñado de monedas.)
¡Allá te va!
ROMÁN. Eres rica.
SEVERA. Tengo el sol
y la calle.
ROMÁN. Y, ¿no querrás
ir conmigo al Alentejo
para ver lo que es gastar?
Te vestiría de seda.
SEVERA. ¿A mí de seda? Dejad
que le rompa las narices.
ROMÁN. Perdona, mujer.
SEVERA. ¡Chalán!
ROMÁN. ¡Apenas eres tú nadie!
SEVERA. La Severa, nada más.
Mi madre es una gitana,
y mi padre...
MEJORANA. *¡Chi lo sá!*
SEVERA. Y ¿eras tú el que discutía
la bravura de don Juan?
(Quitándole el cigarro de la boca para encender el suyo.)
Trae lumbre.
(Enciende. Cuando le devuelve el cigarro lo coge el Mejorana.)
Gracias... Y dime,
¿tú le has visto torear?
ROMÁN. Iré a verle un día de estos.
SEVERA. Entonces... ¡ya lo verás!
(Le quita un zapato a una amiga y se lo pone en el pie descalzo.)
Vivo sol. La grada llena
de pueblo y de señorío.
Un clarín agudo suena
y al ancho ruedo de arena
mira anhelante el gentío.
Salta al ruedo un alazán
con una estrella en la frente.
Sobre el arzón, sonriente,
la figura de don Juan.

De oro y seda es su casaca,
como la nieve la pluma
de su sombrero y la espuma
de la boca de su jaca.
El mira a las damas bellas;
celosas le miran ellas,
como diciendo: «¿Me quieres?»
¡Y brillan como centellas
los ojos de mil mujeres!
Toma el rejón portugués
con una mano enguantada.
Desde lo alto de la grada,
cae una flor a sus pies.
Y hay un silencio. El clarín
otra vez, vibrante, suena...
El potro escarba en la arena
y se le encrespa la crin.
Nadie alienta ni respira...
Se abre una puerta, crujiendo,
y asoma un toro berrendo
de Villafranca de Xira.
Restalla el Conde la fusta,
se encabrita el alazán,
galopa, grita don Juan
y el toro le ve... ¡y se asusta!
Pero al instante se planta
la fiera gallardamente
y embiste... y ahoga la gente
como un nudo en la garganta.
Cuartea don Juan su potro;
burlado, el toro babea,
mas, como pide pelea,
no se la escatima el otro;
y, alargándole la brida,
pica espuela el alazán,
¡y toro y caballo van
ciegamente a la embestida!
Al deshacer la reunión,
como un asta de bandera
tremola sobre la fiera
la espadaña del rejón.
Rueda el toro, y, al caer,
hay un grito de placer,
de entusiasmo, de delirio...,
¡y un mismo dulce martirio
en mil pechos de mujer!

Hacia el Conde, que se afana
por reprimir su emoción
al oír tanta diana,
en medio de la ovación,
vuela un clavel reventón...
y el chapín de una gitana,
¡que se ha quedado con gana
de tirarle el corazón!

CHICA. ¡Bien por la Severa!

TIMPANAS. ¡Bien!

MEJORANA. ¡Si ya lo decía yo!...

SEVERA. ¿Qué?

MEJORANA. Que el zapato era tuyo.
Porque traía un chichón
que era la medida justa
del taconcito.

SEVERA. Le dió
en mitad de la cabeza.

ROMÁN. ¡Bonita prueba de amor!

SEVERA. ¡Ea, Chica! ¡Venga el fado!
¡Alegría!
(Cogiendo la guitarra.)

CHICA. *(Acercándose a Diego.)*
Yo me voy,
que tengo que hacer en casa.

DIEGO. *(Tocándole la faltriquera vacía.)*
Vete; pero, ¡a ver si yo
me percato de algún modo
de que me quieres!

CHICA. ¡Ladrón!

DIEGO. Tú no me traigas dinero
¡y verás la que te doy!
(La Chica se va por el foro.)

SEVERA. ¿Canto o no canto?

DIEGO. No hay otra
como tú.

ROMÁN. ¡Viva!

DIEGO. *(Arrojando al alto la gorra.)*
¡No hay dos!

MEJORANA. ¡Venga ya!

SEVERA. Yo siempre tengo
alegría y buen humor.

ESCENA DECIMA

DICHOS, menos LA CHICA. Luego el CUSTODIA.

MUSICA

SEVERA. *(Cantando, acompañándose a la guitarra.)*
«Yo vivo en la Morería,
que es donde se canta el fado.
Por una fadista tengo
el corazón traspasado.»

CUSTODIA. *(Entrando y repitiendo la copla.)*
«Por una fadista tengo
el corazón traspasado.»

HABLADO

DIEGO. ¡El Custodia!

MEJORANA. ¡El sacristán!

TIMPANAS. ¡El ladrón!

CUSTODIA. *(Acercándose a Severa y mostrándole las dos manos llenas de dinero.)*
¿Es ya bastante?

DIEGO. ¡Quita de en medio! ¿Estás loco?

CUSTODIA. ¡Granujas!

SEVERA. ¿Queréis dejarle?
(A Custodia, riendo, pero con cierta expresión de piedad.)
No es bastante todavía;
pero tú no te amilanes...
Vuelve a otro lado la cara.

DIEGO. ¡A paseo!

TIMPANAS. ¡A paseo!

MEJORANA. *(Irónico.)* ¡A Guimaräes!

CUSTODIA. ¡Canallas!

ROMÁN. Por este loco
se aguó la fiesta.

CUSTODIA. *(Sentándose a un lado.)*
¡Cobardes!

SEVERA. Bueno, de todas maneras,
en cuanto el Conde llegase
se acabarían los fados.

TIMPANAS. El Conde ya estuvo antes.

SEVERA. ¿Que estuvo?

ROMÁN. Yo le compré
su alazán.

MEJORANA. Se fué a la calle.

SEVERA. Mientes.

ROMÁN. Ya no volverá,
de seguro.

SEVERA. ¡Tú qué sabes!
Volverá, porque me ha dicho
que le espere aquí.
(Con orgullo.)

ROMÁN. Pues hace
nada más que un cuarto de hora
lo he visto yo, en un carruaje,
con muchas risas y bromas
al lado de una elegante.

SEVERA. *(Furiosa.)*
Como mientas... ¡te acogoto!

CUSTODIA. No miente, no.

SEVERA. ¿Qué?

CUSTODIA. Si sales
al paseo, le verás
como yo le vi.
(Severa, anonadada, no replica y se v replegando hacia un lado, sentándose e una banqueta.)

TIMPANAS. *(Riendo.)*
¡El tunante!

MEJORANA. Ya veis que es un gran fadista
y que toca toda clase
de fados.

DIEGO. ¡El señor conde
es un artista admirable!

SEVERA. ¡Ingrato! ¡Ingrato!

CUSTODIA. ¡Severa!...

SEVERA. ¡Dejadme todos, dejadme!

MUSICA

SEVERA. *(Tomando la guitarra tristemente.)*
Mujer, no escuches al hombre
que dice buenas palabras.
Lo mismo que te las dice
sabrá después olvidarlas.

CUSTODIA. *(Mirando a Severa.)*
Por don Juan estás llorando.
¡Severa de mi alma!
Tú le buscas, y él, Severa,
te vuelve la espalda.

SEVERA. ¿Por qué lloras tú, Custodia?

CUSTODIA. ¿Y tú?

SEVERA. Lloro de rabia.

CUSTODIA. El conde no te quiere.
¿Por qué pones tan alto la mirada?
A ti y a mí, Severa,
nos une la desgracia.

SEVERA. *(Aparte.)*
¡Ingrato! ¡Ingrato!

CUSTODIA. ¡Malhaya! ¡Malhaya!

(Román, que formaba grupo con Timpanas y Diego, cerca del mostrador, se acerca a Severa. Los otros dos le siguen, Mejorana hace mutis hacia el interior, después de haber hablado con ellos.)

ROMÁN. Tú no te apures.
Mira, gitana,
la gran idea
del Mejorana.
Somos tres hombres
y has de elegir
con cual, gitana,
te quieres ir.

DIEGO Y TIMPANAS. Dilo, Severa,
dilo, gitana.
¡Fué gran idea
del Mejorana!

ROMÁN. No necesitan
ponderaciones
las condiciones
sin iguales
de estos tres.

LOS TRES. ¡Más pintureros no los ves!

ROMÁN Hay señoras principales
que bien nos miran.

LOS TRES. Y que suspiran
por nosotros hace un mes.

CUSTODIA. *(Aparte.)* ¡Malditos sean!
¡Pobre Custodia!
Tú no podrás decirle
más que el cariño
con que la adoras.

DIEGO. Fíjate en este tipo
que Dios me ha dado
para mí solo.

TIMPANAS. Nadie duda en Lisboa
de que el Timpanas
no es ningún bolo.

ROMÁN. Mira qué bolsa tengo;
te la daría llena de oro.

LOS TRES. Vas a hacer tu fortuna
si escoges a uno de los tres.

Repara en el tipito
que tengo tan bonito.
No soy un figurón
sin ton ni son.
Repara en el tipito.
Soy una adquisición...
por el «tipi», por el «tipi»,
¡por el «tipi... ton»!

DIEGO. ¿A mí?

TIMPANAS. ¿A mí?

ROMÁN. ¿A mí?

TIMPANAS. ¿A mí?

LOS TRES. Severa, Severita,
al que quieres pronto dí.

CUSTODIA. ¡Malditos sean!
¡Pobre Custodia!

SEVERA. Se quedarán los tres igual
en cuanto escoja.

TODOS. ¡Ninguno sabe
lo que va a pasar aquí!

ROMÁN. Vamos, Severa, dinos algo.

SEVERA. ¿Qué quieres tú que te conteste?

LOS TRES. Que de los tres escojas uno.

SEVERA. Pues de los tres...
(Señalando al Custodia.)
¡Escojo a éste!

LOS TRES. ¡Al Custodia!

SEVERA. Sí, al Custodia.
Anda... que me voy contigo.

ROMÁN. ¿Con el loco?

SEVERA. ¡Con el loco!
¡Yo bien sé lo que me digo!
¡Paso! ¡Dejadnos salir!

DIEGO. *(Interponiéndose, desafiando.)*
¡Eso lo vamos a ver!

ROMÁN. Está visto. No pasáis.

CUSTODIA. ¿Cómo que no?
(Haciendo ademán de sacar una navaja.)

SEVERA. *(Apartándole.)*

Déjame.

(Román, Timparas y Diego, en grupo, tapan la salida del fondo. Severa se remanga y dice.)

¡Fuera! ¡Fuera de ahí!

LOS TRES. ¡Quieta! ¡No pasarás!

SEVERA. ¡Cobardes! ¡Fanfarrones!

¿Que no? ¡Pues, ya verás!

(Enarbola una banqueta y avanza hacia ellos, que, ante la actitud de Severa, disuelven el grupo, yendo al amparo del mostrador. Severa llega a la misma puerta, y de espaldas a ella sigue amenazándoles.)

LOS TRES. Severa, atiende.

SEVERA. ¡¡Atrás!!

ESCENA UNDECIMA

DICHOS, y MARIALVA.

MARIALVA. *(Que llega en el momento en que Severa alza la banqueta en alto para lanzarla sobre los tres hombres y la sujeta por detrás de un brazo, arrojándola violentamente sobre la pared de la izquierda.)*

¿Qué casta de valientes sois vosotros
que huís de una mujer?

SEVERA. *(Que se arrastra hacia él tocándose el brazo dolorido. Su furia reconcentrada se transforma, al reconocer al Conde, en una risa franca.)*

¡Ah!

MARIALVA. ¡Severa!

(Sonriendo.)

¡Eras tú!

¡Lo debí suponer!

CUSTODIA. ¡Siempre el conde! ¡Malhaya!
¡Me roba a esta mujer!

DIEGO. No fué nada.

ROMÁN. Quisimos que escogiera
un hombre entre los tres.
¡Y al Custodia escogió!

DIEGO. ¡Al loco!

CUSTODIA. *(Orgulloso.)*

¡A mí!

MARIALVA. *(Impresionado.)*

¡Mujer!

(Riendo.)
¡Cómo ha de ser!
(Altivo.)
Pues, ya que al Custodia escogiste,
yo te lo mando: ve con él.

SEVERA. ¡Es mentira! ¡Es mentira!

MARIALVA. ¡Que te vayas con él!
No temas, no, que nadie vaya
tu salida a estorbar;
Custodia, puedes ir con ella.
¡Yo la puerta te voy a franquear!

(Con un gesto imperativo hace que salgan por el fondo, Román, Diego y Timpanas. Custodia se va, llevando a Severa de la mano. Ella se deja arrastrar por él, sugestionada por la mirada del Conde, de quien no aparta los ojos. En el momento de salir por la puerta, da un empujon violento a Custodia y se arroja apasionadamente al cuello de Marialva.)

SEVERA. ¡No, ¡No!
Sólo contigo puedo ir yo.
Sólo a ti quiero, ¡sólo a ti!
(Besándole con ardor.)
¡Don Juan!
¡Te quiero don Juan!
Te estaba llamando y en mí
tu amor es mi único afán.

MARIALVA. ¡Mujer!
¡Te quiero, mujer!
¡Yo vine buscándote aquí
soñando con este querer!

CUSTODIA. De nuevo la perdí.

MARIALVA. Te quiero, mujer.
Mi luz, ¡mi amor!

SEVERA. Te quiero, don Juan.
Mi luz, ¡mi amor!

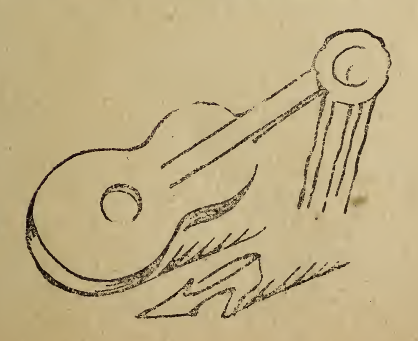
CUSTODIA. *(Que ha caído, desolado, en una silla, ante la mesa de la derecha, sobre la cual se le esparcen las monedas.)*
No es aún bastante. ¡Ah!...
¡Qué cosas, Señor!

MARIALVA. Verás, al fin
que yo, Severa, te quiero.

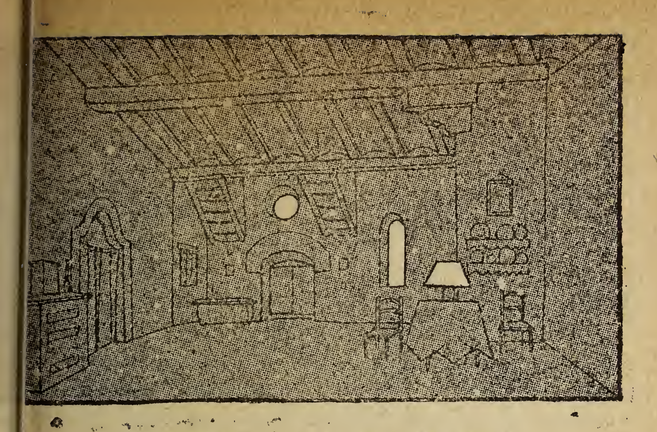
EVERA. *(Abrazados.)*
Nunca más
me abandonarás.
ARIALVA. ¡Así, Severa, te quiero!
ARIALVA Y SEVERA. ¡Yo jamás
te abandonaré!
EVERA. ¡Quiéreme!
ARIALVA. Te sabré adorar.
EVERA. Sin tu amor
no podré vivir.
ARIALVA. Con tu amor soy feliz.
Y al fin sigamos la vida
esclavos del mismo amor.
EVERA. Mi amor tendrás;
si me quieres bien,
¡seré tu esclava, don Juan!
USTODIA. *(Mientras que los dos amantes, cantando lo anterior, se han dirigido hacia la puerta del fondo.)*
Llevo en el pecho tu imagen
y me da fortaleza y poder.
Por lograrte, mi Severa,
¡qué locuras sabría yo hacer!
¡Ay, si un día tú me quieres,
flor envidiada de las mujeres!
¿Será bastante, Severa?
¿Será bastante, mujer?
¡Mujer!
(Cae como desvanecido, sobre la mesa.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO







ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

a casa de SEVERA, en plena Morería. En el foro, a la derecha, puerta la calle. y a la izquierda, una ventana, baja y estrecha, abierta. En segundo término de la derecha, hueco de puerta que da a la alcoba. apa la entrada una cortina de tela roja que corre por una barra. n primer término del mismo lado, una cómoda vieja. Encima, un atorio cerrado. En el segundo de la izquierda, una repisa con loza; en el primero, una mesa pequeña con espejo antiguo y con cajón. n medio de la estancia un sofá con asiento de paja, una mesa moesta y algunas sillas y banquetas. En las paredes fotografías, roarios, ropas colgadas en clavos y retratos. Sobre la mesa, una lámara con pantalla roja, una botija de loza pintada de azul y una baeja. La acción comienza al anochecer. A telón corrido se oye cantar a SEVERA.

EVERA. Querer y no ser querida
es la mayor desventura.
moriré si no me quiere
el hombre que a mí me gusta.

ESCENA PRIMERA

SEVERA y ROMAN. Luego la CHICA y DIEGO. Al final, el CUSTODIA.

HABLADO

(Severa está limpiando platos.)

ROMÁN. *(Asomando la cabeza por la ventana.)* ¿Está el bribón de Marialva?

SEVERA. *(Tirándole un plato, que va a estrellarse cont[ra] la pared.)*

No, pero está la Severa.

ROMÁN. *(Que se ha quitado a tiempo de la ventana y e[n]tra ahora por la puerta.)*

Y, ¿a todo el que asoma ahí fuera
recibes con esa salva?

SEVERA. ¿A qué vienes tú, gallego?

ROMÁN. ¡Engañarme! ¡A mí! ¡A Román!
¡Y venderme un alazán
por veinte monedas, ciego!
Le esperaré.

SEVERA. Demasiado
te consta que en todo el día
no vino a la Morería
ni viene...

ROMÁN. ¡Estoy muy cargado!

SEVERA. Si lo ves aparecer
te desmayas.

ROMÁN. Eso, no.

SEVERA. Pero... ¡si me basto yo
para obligarte a correr!
(Amenazadora.)

ROMÁN. ¡A correr!... Bien correría
contigo, si tú quisieras...
Pero no quieres. ¡Si vieras
las cosas que te daría!...
Cuando Román te abrazara,
arderías como yesca.
En palangana chinesca
te lavarías la cara.
Brillaría tu aparejo,
como un sol, a media legua,
porque serías la yegua
más rica del Alentejo.

SEVERA. Y, ¿qué más?

ROMÁN. Tengo una cama
de palosanto...

SEVERA. Y, ¿qué más?

ROMÁN. Que siguiendo aquí, no vas
ganando ni oro ni fama.
Mira cómo no te lleva
a su palacio... y él viene
porque en estos barrios tiene,
como un bandido, su cueva.

SEVERA. ¡Anda, a la calle!...

ROMÁN. ¡Severa!...

SEVERA. ¡Anda a la calle, ladrón!
ROMÁN. Atiende.
SEVERA. ¡No hay atención!
¡A la calle!
ROMÁN. Escucha.
SEVERA. ¡Fuera!
(Entra la Chica, agitada y trémula.)
CHICA. ¡Socorro! ¡Severa!
SEVERA. ¡Chica!
¿Qué te pasa?
CHICA. ¡Cierra luego!
¡Cierra!
SEVERA. ¿Por qué?
CHICA. Porque Diego
me mata...
ROMÁN. *(Aparte.)*
¡Esto se complica!
CHICA. No tengo dinero... Ve,
me hizo sangre...
SEVERA. ¡Qué jayán!
CHICA. ¡Cierra!
SEVERA. *(Abriendo la puerta de par en par.)*
¡Así!
CHICA. *(Acogiéndose a él.)*
¡Por Dios, Román!
No me desampare usté.
ROMÁN. ¿Yo?
DIEGO. *(Asomando.)*
¿La Chica, está?
SEVERA. A mi lado.
¡Mírala!
CHICA. ¡No!
SEVERA. *(Atenazando a Diego—que intenta entrar—por el cuello.)*
¡Dónde vas?
DIEGO. ¡Déjame que pase!
(Forcejeando.)
SEVERA. *(Dominándole.)*
¡Atrás!...
CHICA. ¡No le lastimes!
SEVERA. *(Soltándole con violencia.)*
¡Malvado!
¡Fuera de aquí!
DIEGO. Ya me voy...
pero...
SEVERA. ¡Vamos! ¡Por la posta!

Se acabó el vivir a costa
de las mujeres desde hoy.

DIEGO. No hacía falta arañar...

SEVERA. ¡Hala!
(Diego se va.)

CHICA. Le doy cuanto tengo...
¡Quiere más!

SEVERA. Pues te prevengo
que me las ha de pagar.
(A Román.)
Ve por qué no hay quien me saque
de la Morería. ¿Quieres
que abandone a estas mujeres
en brazos de tanto jaque?
El Conde me llevaría
con él donde yo quisiera;
más, si se va la Severa,
¿quién zurra en la Morería?
Tiro más puñados de oro
que flecos tiene tu manta,
y canto con el que canta
y, con el que sufre, lloro...
Por eso, quieran o no,
me quedo en la Morería;
porque, amorosa y bravía,
¡la Morería soy yo!

CHICA. ¡Es muy buena!

ROMÁN. Es una jaca
de mucha sangre.

SEVERA. Ahora... espera.
(Entra en su cuarto.)

ROMÁN. ¡Y que ese bribón la quiera...!
(Sacando una gran navaja, que afila en la mano.)
... ¡Hasta que quiera esta faca!...

CHICA. ¿Va usté de riña?

ROMÁN. ¡Quizás!
Me está faltando en la lista
un Conde, guapo y fadista...
y embaucador además.
(Sale por el fondo haciendo con la navaja y con la manta ensayos de esgrima rufianesca.)

SEVERA. *(Saliendo con el pañolón puesto.)*
¡Vámonos!

CHICA. ¿Sales?

SEVERA. Contigo;

quiero llevarte a tu casa
y, ¡a ver si ahora se propasa,
yendo a mi vera, tu amigo!
(Van a salir y aparece el CUSTODIA, *que trae una botella y un paquete.)*

USTODIA. ¡Severa! ¿Te vas?

EVERA. ¿Viniste,
Custodia?

USTODIA. ¿No me has llamado?
¿Fué una broma que me han dado?
¡Canallas! ¡Canallas!

EVERA. ¡Triste!
Te llamé. Vengo al instante.
Cenaremos.

USTODIA. *(Radiante.)* ¿Es verdad?

EVERA. ¿Me esperas?

USTODIA. ¡Con ansiedad!
¿Puedo pasar?

EVERA. Adelante.

ESCENA SEGUNDA

El CUSTODIA.

(Entra el Custodia. Severa le mira con un gesto de simpatía y se va con la Chica. El Custodia, que había llegado a la mesa, dejando el paquete y la botella, se vuelve para verla marchar y tiembla de gozosa emoción al sentir sobre su cuerpo la mirada de Severa.)

MUSICA

CUSTODIA. Me llama la gente el loco
porque ya lo estoy por esa mujer.
Yo la siento poco a poco
que penetra y que vive en mi ser.

Mis ojos, cuando la miran.
de luz de aurora se llenan;
suspiran
mis labios mirándola;
deliran
mis sueños amándola.

Su voz de pájaro suena
clavándose en mis entrañas
y llena
mi vida de amor,
y, amándola, me siento
con fuerza y valor.

Todos se ríen
de mi indómita pasión
y con sus burlas me atormentan,
porque en ella puse
toda mi ilusión.
Todos se ríen
de mi indómita pasión;
de las visiones
e ilusiones
del mísero Custodia.
Pero, si ella viene ahora
y en mis brazos llora,
para mí, su canto,
¡qué me importa que se rían
los que no sabrían
adorarla tanto!
Su voz de pájaro suena
clavándose en mis entrañas,
y llena
mi vida de amor,
y, amándola, me siento
con fuerza y valor.

¡Ay, ya no podría vivir un instante
sin esta pasión que es mi espina y mi cruz
¡Por fin, oh mujer,
al pobre loco vas a querer!
Yo voy hacia ti
como una mariposa a la luz.
¡Mi Severa!
¡Mi ilusión!
¡Por fin, oh mujer,
al pobre loco vas a querer!
¡Bendita la cruz
de aquella inagotable pasión!

ESCENA TERCERA

CUSTODIA y SEVERA, que llega.

HABLADO

SEVERA. Ya estoy aquí. ¡Pobre Chica!
(Quitándose el pañolón y dejándolo en el sofá.)
CUSTODIA. Severa...
SEVERA. ¡Pobre Custodia!
CUSTODIA. ¿Tú también me compadeces?
SEVERA. ¿Creiste que era una broma?
Pues, no señor... Esta noche
cenaremos aquí a solas.
CUSTODIA. ¡Los dos solos!
SEVERA. ¡Ocho días
sin verte... mala persona!
CUSTODIA. Desde aquel día... ¿Te acuerdas,
mujer...? «¡Escojo al Custodia!»
Y... después... ¡nada!
SEVERA. Ya ves
que vives en mi memoria.
CUSTODIA. Y, ¿cómo vas con el Conde?
SEVERA. No me hables de él. ¡Estoy loca!
CUSTODIA. *(Con desaliento.)*
¡Ah!
SEVERA. Me lleva a los encierros
de los toros... ¡Cuántas horas
vivimos juntos y alegres!
¡A veces, como de fonda!
Ya no voy por esas calles,
cantando como una alondra,
sin rey ni roque; ahora viene
Marialva aquí... y en mi boca
no hay fados más que para él
que, escuchándolos, se emboba.
Y, entre juegos y canciones,
¡las noches se hacen tan cortas!...
CUSTODIA. «¡Escojo al Custodia!» Y luego...
SEVERA. ¡Vamos a cenar!
(Sentándose.)
CUSTODIA. *(Tristemente.)* ¡Qué cosas!
Dime... ¿Por qué me has llamado?
SEVERA. Porque esta noche estoy sola:
no viene el Conde; va al baile...
Y quise verte.

CUSTODIA. ¡Al Custodia!
¡Al loco! ¡Al que tiran piedras
por la calle y apostrofan
en la Morería...!

SEVERA. ¿Y nunca
te quiso una buena moza?

CUSTODIA. ¡A mí no me quiso nadie!
Nací maldito. Sin sombra
de madre que me amparara;
sin besos para mi boca;
sin alegría en mis sueños,
y, en mis caminos, sin rosas.
Pero, ¡siento una ambición!...
Escucha... Verás... ¡No pongas
ese gesto...! Aquella tarde...
aquella tarde... tan honda
llegó la voz de tus labios
aquí dentro, tan hermosa
resonaba en mi esperanza
tu voz: «¡Escojo al Custodia!»,
que soñé... ¡sueños de loco!...
Soñé... Verás... Si te enoja,
me callo.

SEVERA. Dilo sin miedo.

CUSTODIA. ¿Sin miedo? Pues oye toda
la verdad. No es que soñaba.
Es que pienso a todas horas
en ti, que veo en tus ojos
una llama que me aloca,
que quiero abrasarme en ella
cuerpo y alma, que me ahoga
la sed de tus dulces besos,
que deben de ser la gloria
del vencedor o el honor
del vencido, en su derrota;
que me abruman tus palabras
de tierna misericordia
que caen, sobre mis ensueños
de amante, como una losa;
que te quiero... ¿Qué palabra
más precisa, si no hay otra?
¡Que te quiero, mi Severa...!
¡¡Mi Severa!!
(Transición.)
¡Ay, lengua loca!
¿Por qué cantas un amor
condenado a eterna mofa?

No te burles, tú, Severa,
de mi amor... Tú sé piadosa
con él... Aunque lo desdeñes,
míralo temblar... Y goza
de pensar que es todo tuyo...
que es verdadero... ¡Que llora!
¡Llora su fracaso!... ¡Loco...!
¡Triste loco...! ¡Pobre idiota!

SEVERA. Vamos, hombre... Tú ya sabes
que siempre te quise. Ahora
te quiero más todavía.

CUSTODIA. *(Radiante.)*
¡Severa!

SEVERA. ¡Siéntate! Toma...
(Dándole un vaso de vino.)
¡Bebe conmigo! Yo soy...
como tu madre.

CUSTODIA. *(Desalentado.)* ¡Qué cosas!
(Llaman a la puerta.)

ESCENA CUARTA

DICHOS, MARIALVA y DON JOSÉ.

SEVERA. ¿Quién?

MARIALVA. *(Dentro.)* ¡Abre! Soy yo.

SEVERA. *(Alegre.)* ¿Eres tú?

CUSTODIA. ¡El!

SEVERA. *(Al Custodia.)*
¡Quita de en medio, posma!
(Abriendo a Marialva.)
¡No te esperaba!
(Entra MARIALVA, *seguido de* DON JOSÉ, *tropieza al penetrar con el Custodia y se vuelve, diciéndola duramente:)*

MARIALVA. ¡No quiero
ver aquí más a este idiota!

SEVERA. Es el Custodia.

MARIALVA. ¡A la calle!

SEVERA. A nadie daña el Custodia.

MARIALVA. *(Más enérgico aún, al Custodia, que no se ha movido.)*
¿No me has oído?

SEVERA. En mi casa
entra el que a mí me acomoda.

MARIALVA. *(Agarrando al Custodia por el cuello.)*
¿Quieres que te eche a empellones?
Pues... ¡así!
(De un empujón lanza a la calle al Custodia, que cae al suelo, ya en la misma puerta.)

DON JOSÉ. Juan, ¡que lo ahogas!

CUSTODIA. *(Mientras que se levanta trabajosamente.)*
Porque soy débil, me afrentas
y de esta casa me arrojas.
¡Señor don Juan, ya veremos
quién es más valiente! Ahora
quédate con ella. Pero
no te olvides del Custodia.
¡De este... infeliz! ¡Yo te juro
que donde las dan las toman!
(Mutis.)

ESCENA QUINTA

SEVERA, MARIALVA y DON JOSE.

SEVERA. *(Que se ha quedado sentada en el sofá, con las manos temblorosas y con la mirada fija en el Conde.)*
¡Si tú no fueras quien eres
y me hicieras esta acción,
¡por éstas, que te partía
la cara!

MARIALVA. *(Serenamente, quitándose la capa de cuello de piel y quedando en casaca de botones de oro y chaleco de seda bordada; traje de baile.)*
Pero, soy yo.
(Se sienta en una silla.)

SEVERA. ¿Vienes sólo a que te vea?

DON JOSÉ. Juan, te advierto que ya son
cerca de las nueve.

MARIALVA. *(Levantándose y yendo a coger la capa.)*
¡Chico!
¡Lo que corre tu reloj!

SEVERA. *(Echándole los brazos al cuello.)*
¿Pero, es que te vas tan pronto,
dejándome aquí?

MARIALVA. Me voy,
para que vuelva el Custodia:
¡a tal señor, tal honor!

SEVERA. ¡Pobre loco! Fué que quise
darte una broma, ¡simplón!
¡Anda! Quédate un momento.

DON JOSÉ. Bueno, ¿te vienes o no?

SEVERA. Se queda.

MARIALVA. ¿Quién se resiste,
don José, a la invitación?

DON JOSÉ. Comprendido. ¿No tendrías
un peine, Severa?

SEVERA. *(Muy contenta, yendo al cuarto.)*
¡Y dos!

DON JOSÉ. *(Aprovechando el mutis de Severa.)*
¿Y qué digo a la Marquesa?

MARIALVA. ¡Cualquier cosa! Que me dió
cierta especie de mareo,
un aire, una congestión.
Dentro de un rato, si vienes
a buscarme, ¡allí estoy yo!

SEVERA. *(Sale del cuarto con tres o cuatro peines.)*
Toma, escoge.

DON JOSÉ. *(Tomando uno, con el que se arregla rápidamente el pelo ante el espejo.)*
¡Qué surtido!

SEVERA. *(Despeinando a Marialva con los dedos.)*
Para ti no hay batidor,
porque no lo necesitas.
¿Verdad que no vas?

DON JOSÉ. Adiós.

MARIALVA. ¡Lo que vas a divertirte!

DON JOSÉ. *(Ya en la puerta.)*
¿Vuelvo?

MARIALVA. Vuelve.

SEVERA. *(Rápida.)* No.

MARIALVA. *(Enérgico.)* ¡Sí!

SEVERA. *(Suplicante.)* ¡No!...

DON JOSÉ. ¡Cuándo van a estar acordes
la alondra y el caracol!
(Mutis. La Severa cierra la puerta de un puntapié y luego se arroja en brazos del Conde.)

ESCENA SEXTA

SEVERA y MARIALVA.

MARIALVA. ¿Qué tienes con el Custodia?
¿Por qué estaba aquí? ¿Por qué?

SEVERA. No hay nada. Es un desgraciado
a quien quise proteger.
Es un loco que apedrean
y todos se ríen de él.

MARIALVA. Menos tú.

SEVERA. Le tengo lástima.

MARIALVA. Le llegarás a querer.
Por lo mismo que es grotesco;
yo te conozco muy bien.
Si yo te dejase ahora,
te marcharías con él.

MUSICA

SEVERA. *(Irguiéndose, impresionada.)*
¿Qué?
Si tú me dejaras... ¡Oye!

MARIALVA. Si yo te dejara, ¿qué?

SEVERA. No me dejes, mi tirano,
porque sabes que me muero
de amor.
Tanto vale tu cariño
que el perderle me da miedo.
Tú me dices lo que quieras;
tú me pegas, si soy mala;
pero nunca me abandones,
¡alegría de mi alma!
No quiero que tengas
ni dudas ni celos.
La Severa es muy gitana,
pero es toda corazón.
Tú sabes de sobra
que yo no te miento.
Si tú quieres, dame el pago
que merezca mi traición.
Si me pegas,
voy a quererte más
que si te fueras.
Si me matas,
yo el filo besaré
de tu navaja.
Si me dejas,
como eso es para mí
morir de pena,
quiero mejor
una puñalada
en el corazón;

porque yo sin tí,
¡gitano de mi vida!,
no puedo vivir.

ARIALVA. Gitana de sangre,
mujer de mi raza:
no sabría desprenderme
de esta hoguera de pasión;
que en tus ojos
he visto lo que son
quereres hondos;
que en tu boca
se aprende a suspirar
como una alondra;
que en tus brazos
la vida es un ensueño
dulce y largo.
Mírame tú,
para que en mis ojos
no falte luz;
porque yo sin ti,
¡gitana de mi vida!,
no puedo vivir.

EVERA. No me dejes, mi tirano,
porque sabes que me muero
de amor.
Tanto vale tu cariño
que el perderle me da miedo.
Tú me dices lo que quieras,
tú me pegas, si soy mala;
pero nunca me abandones,
¡alegría de mi alma!
¡Mi bien! ¡Mi amor!

IARIALVA. No me llores, mi Severa,
porque sabes que te quiero
con fe.
Si algún día te dejara,
que me muera solo y ciego.
Que me quieras es mi vida.
Si algún día te dejara,
mi castigo es que me olvides,
¡alegría de mi alma!
¡Mi bien! ¡Mi amor!

ESCENA SEPTIMA

DICHOS y DON JOSE.

HABLADO SOBRE LA MUSICA

DON JOSÉ. *(Asomando por la ventana.)*
¡Juan! ¿Todavía?
MARIALVA. *(Acercándose a él.)*
¿Ya?
DON JOSÉ. ¿Qué? ¿Es temprano?
Deja un instante
de ser gitano.
SEVERA. No te lo llevas
¡porque no quiero!
*(Entra en el cuarto con la capa y el som-
brero de Marialva.)*
MARIALVA. De una gitana
soy prisionero.
DON JOSÉ. Vamos... Comprende
que la Marquesa
sabe que tardas
por culpa de ésa.
En su pañuelo,
de encaje y oro,
te ha escrito... Mira...
(Se lo entrega a Marialva, que lee:)
MARIALVA. «Venga; le adoro.»
¡Pobre Marquesa!
DON JOSÉ. No es ella sola.
¡Tienes, amigo,
tal aureola!...
Las casaderas
y las casadas
están lo mismo
de enamoradas.
Todas te buscan,
todas te esperan...
De amor se mueren...
MARIALVA. ¡Pues que se mueran!

CANTADO

MARIALVA. *(Abrazando a Severa, que ha salido un mo-
mento antes.)*
¡Y qué me importa la gente
si estoy con la que más quiero!

SEVERA. ¡Tirano mío!
MARIALVA. A la fiesta vete solo.
Yo me quedo a suspirar
con el cantar
de la fadista singular.

SEVERA. *(A Don José.)*
Ya lo ves cómo se queda,
porque es mío y sólo mío.
Díselo y que se lo cuente
a esa dama principal.

MARIALVA. *(Dándole el pañuelo de la Marquesa.)*
¡Severa, ten,
y lo leerás mañana!
¡Guárdalo bien!
(A Don José.)
Y tú le dices a todos
que el Conde de Marialva,
que es noble cual otro no habrá en Portugal,
se queda esta noche con una mujer
que el alma llena de luz al cantar.

(Don José se va. Marialva cierra la ventana y queda la habitación iluminada solamente por la lámpara roja que hay sobre la mesa.)

SEVERA. ¡Cómo me quieres, mi gitano!
MARIALVA. Tú ven aquí.
SEVERA. ¿Qué quieres, mi tirano?
MARIALVA. Que cantes para mí;
que me emociones con el fado.

SEVERA. *(Cogiendo la guitarra.)*
Cantar es mi ilusión,
si me acompaña tu canción.

MARIALVA. Portugal encarna en ti,
porque en tu fado suenan
todos los cantares
de la raza mía.

(Severa se ha sentado en una silla, junto a la mesa. El Conde está detrás e inclinado hacia ella.)

Severa, canta dulcemente.
Severa, canta y llora tu canción
con el corazón...

SEVERA. … «El fado es una caricia
que a todas las almas se acerca;
lo mismo que va por el suelo,
sube al cielo para hablar con las estrellas.
El fado es una sonrisa
que sabe ocultar una pena;
parece que llora o que ríe
cuando llora o cuando ríe el corazón.»

(El Conde ha ido acompañando, con la misma letra, el fado. La luz roja de la lámpara ilumina los rostros emocionados de los amantes.)

TELÓN LENTO





CUADRO SEGUNDO

Decorado a todo fondo, para cuya explicación consideramos cinco términos de fondo. Los tres primeros términos, patio de estilo plateresco con galería en la parte alta de su fondo y lado derecho. Los términos cuarto y quinto, vestíbulo del palacio de MARIALVA, separado del patio por un rompimiento de dos arcadas sostenidas en una columna central. En el patio hay, en primero y segundo términos del lateral derecho, un gran portalón practicable, que da al gran patio del palacio, en el cual va a celebrarse una gran fiesta de toros. Cierra el portalón una empalizada de una vara de altura. En primer término del lateral izquierdo, puerta abierta que da al campo; en el segundo, lienzo de pared, y en el tercero, hueco rasgado de entrada a una pequeña cochera, de la que sobresale el juego delantero de un carruaje del tiempo de don Juan V, de talla dorada con pinturas; sobre él se extiende un rico paño con el escudo de los Marialva, bordado, que se destina al caballo del Conde. Un banco adosado al lado derecho. En el vestíbulo hay, en el fondo, una gran puerta principal abierta; a la izquierda se ven los dos primeros escalones de la gran escalera de honor, y a la derecha, en quinto término, arranca otra escalera estrecha, suponiéndose en el cuarto término una puertecilla de servicio. Dispersos por el patio y en las paredes, sillas de montar, arreos de jineta y de brida, gualdrapas, etc. Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

DON JOSE, TIMPANAS, MEJORANA, el FALUA y el MULATO, INVITADOS ELEGANTES y MUJERES del pueblo.

TIMPANAS, al levantarse el telón, haciendo sonar sus espuelas de latón, está junto a la puerta de la izquierda, mirando hacia el campo. MEJORANA, con traje de rejoneador, que le está un poco largo, se ensaya para la suerte taurina que él también va a efectuar. DON JOSÉ,

vestido de Caballero, saca los rejones de una caja y los va colocando en otra, forrada de brocado amarillo, que el MULATO, mozo caballerizo, sostiene sobre las rodillas. Se oyen por la izquierda y por el fondo cascabeles y trallazos de coches que llegan y el rumor de las voces de postillones y cocheros. Por la puerta principal no cesan de entrar pequeños grupos de dos, tres o cuatro personas elegantemente vestidas a la moda de la época y que suben por la escalera de la izquierda.

HABLADO

VOCES. *(Dentro.)*
¡Ya! ¡Ya!

TIMPANAS. Se llena este campo
de coches y carretelas.

MEJORANA. A mí me asusta la gente.

TIMPANAS. Parece un día de feria.
¡Qué de invitados subieron!
¡Y fíjate en los que llegan!

VOCES. *(Dentro.)*
¡Ya! ¡Ya!

MEJORANA. Por verme han venido.

TIMPANAS. ¡Hombre! No digas simplezas.
Vienen por ver a Marialva.

MEJORANA. Pero si don Juan torea
todos los días. Aquí
la figura es Su Excelencia
don Sidonio Regalado,
que es como me anuncian.

TIMPANAS. ¿Y esa
nomenclatura?...

MEJORANA. Sidonio
me lo dicen por mi abuela.

TIMPANAS. ¿Y Regalado?

MEJORANA. Pues, mira,
porque no cobro.

DON JOSÉ. Si llegas
a la altura que prometes,
¡cobrarás en tantas fiestas!

MEJORANA. ¿A la altura que prometo?
Que el toro tenga cabeza,
¡y estoy viendo que el rejón
lo clavo en aquella teja!
(Señalando hacia arriba.)

TIMPANAS. ¿Tienes miedo?

FALÚA. *(Saliendo por la derecha del vestíbulo.)*
¡Don José!

DON JOSÉ. ¿Qué quieres?

FALÚA. ¿Sabe vuecencia
dónde quedó el repostero
del alazán?

DON JOSÉ. ¿No te acuerdas?
¡Allí lo tienes!

FALÚA. *(Cogiendo el repostero.)*
¡El mismo!

DON JOSÉ. Y mira cómo lo llevas.
(El Falúa hace mutis por donde vino.)

TIMPANAS. ¡Qué suerte, amigo!

MEJORANA. ¿Tú crees?

TIMPANAS. ¡Lucir tu planta torera
en el patio de Marialva
y en corrida como ésta!
(Se va por la izquierda.)

MEJORANA. Esta suerte que yo tengo
se la endosaba a cualquiera.
Porque ponerle un rejón
¡y veinticinco!, a la mesa
del cafetín, o a un amigo,
—que los hay que los aceptan—,
eso lo hago yo jugando.
(Recorre la escena simulando que va a caballo y que le clava un rejón al Mulato, que está agachado, ayudando a Don José.)

MULATO. ¡Oye, tú!

MEJORANA. En la misma cresta
se lo he puesto. ¡No me falla!
Pero a un toro... que se acerca...
y empieza a crecer... ¡Un toro
es una cosa muy seria!
(Dando una palmada en el hombro al Mulato.)
¡Más que tú! Y mira que tú...

DON JOSÉ. *(Al Mulato.)*
Lleva esos rejones fuera.
(El Mulato sale con una de las dos cajas de rejones por el portalón de la derecha.)
Y tú, ¿sabes ya el becerro
que torearás?

MEJORANA. ¿Yo? Ni idea.
No será muy grande.

DON JOSÉ. ¡No!
Es grande... sólo de cuerna.
(Mejorana da un respingo.)
Anda a verlo.

(Aparte y yéndose por la escalera princi-pal.)

De pensarlo
se quedó como la cera.
(Mutis.)

MEJORANA. *(Cogiendo un serrucho que, con otras herra-mientas, está en la puerta de la cochera.)*
¿Conque cuerna y para mí?
Voy a ver donde lo encierran
y, ¡vamos!, con el serrucho
se la corto hasta la cepa.
(Mutis por la derecha.)

MUSICA

(Por el fondo entra un grupo de DAMAS *y* CA-BALLEROS *elegantes.)*

CABALLEROS. El palacio condal de Marialva
jardín de flores esta tarde será,
que la dama más bella de Lisboa
en un balcón florecerá.

DAMAS. Galante caballero,
que me obsequiáis con esa amable flor:
venid a ver conmigo
la brava lid
del rejoneador.

CABALLEROS. Os juro que es ingrato
ver a don Juan, el bravo lidiador,
al lado de una dama
que, al suspirar,
suspira por su amor.

TODOS. Vamos a la plaza, que en seguida
la corrida va a empezar.
Se oye la llamada del clarín,
suena ya el redoble del timbal,
Vamos a la plaza, que en seguida
la corrida va a empezar
y en el graderío
se reúne lo mejor de Portugal.
(Haciendo mutis por la derecha.)
En Portugal,
en Portugal
no hay lidiador
como don Juan.

(Entretanto salen por la izquierda mujeres y hombres del pueblo en traje de fiesta.)

HOMBRES. Esta tarde no hay feria ni mercado
porque en su casa nos invita don Juan.

MUJERES. ¡Vaya un conde simpático y torero,
sin que le importe el qué dirán!

HOMBRES. Cualquiera que te viese
creería que eras
dama principal.

MUJERES. Y tú que te dejabas
la carretela
dentro del portal.

TODOS. Vamos a la plaza, que en seguida
la corrida va a empezar.
Se oye la llamada del clarín,
suena ya el redoble del timbal.
Vamos a la plaza, que en seguida
la corrida va a empezar
y en el graderío se reúne
lo mejor de Portugal.
(Haciendo mutis en la misma forma que los elegantes, por la derecha.)
En Portugal,
en Portugal
no hay lidiador
como don Juan.

ESCENA SEGUNDA

MEJORANA y TIMPANAS. Luego, MARIALVA, DON JOSE y el MULATO.

(MEJORANA y TIMPANAS *salen, respectivamente, por la derecha y la puerta de la izquierda.)*

HABLADO

TIMPANAS. *(Cruza la escena y mira con timidez hacia la derecha.)*
¡Si pudiera ver el patio!

MEJORANA. *(Acercándose a Timpanas.)*
¡Timpanas... qué cornamenta!

TIMPANAS. ¿Tu toro?

MEJORANA. Sí, es el más grande.

TIMPANAS. *(Fijándose en el serrucho, que vuelve a dejar Mejorana en su sitio.)*
¿Y ese serrucho?

MEJORANA. ¡Una pena!
¡Que no puede ser!

TIMPANAS. ¿Querías
serrarle los cuernos?

MEJORANA. ¡Ea!
¡Ya lo acertaste! Pero, hijo,
llego al corral—a una puerta
donde han puesto un burladero,—
asomo un poco la jeta,
el morito se percata
y vuelve así la cabeza
y me mira y va y me dice...

TIMPANAS. ¿El toro? No seas bestia.

MEJORANA. ¡El toro! Con la mirada,
va y me dice: —«¡Se los sierras
a tu padre!»— Tú dirás
si la cosa es versallesca.

TIMPANAS. ¡Hombre, según!

MEJORANA. Y me he dicho:
Mejorana, tiempo queda.
Si has de morir corneado,
¡que te mate allá en la arena,
entre brocados, tapices
y guirnaldas! Que te vean,
que los hombres den un grito,
que se desmayen las hembras,
—que son de clase extrafina—
y, si no hay un alma buena
que haga el quite, por lo menos
que lo publique la Prensa.

TIMPANAS. ¿Te gustan las aristócratas?

MEJORANA. Pero están verdes... ¡Si fuera
yo algún día como el Conde!...
¡Ese sí que las trastea!

TIMPANAS. Si fueses como Marialva...
te irías con la Severa,
y le pondrías un cuarto.
¿La has visto?

MEJORANA. No; pero lleva
sus pendientes y su saya
y el pañolón rojo. ¡Es ella!

MARIALVA. *(Dentro.)*
¡Mulato!

TIMPANAS. *(Apartándose a la izquierda.)*
¡Don Juan!...

MEJORANA. *(Apartándose también.)*
¡El Conde!

TIMPANAS. ¡Yo no quiero que me vea!
(Mutis por la primera de la izquierda.)

ARIALVA. *(Que sale por la escalera de la izquierda, a punto de que, por la derecha, aparece el* MULATO.)
Oye, Mulato, no quiero
que entre aquí nadie, ¿te enteras?

ULATO. Bueno, señor.

ARIALVA. Ya lo sabes;
y, ahora, cierra esa puerta.
(El Mulato cierra la puerta del fondo y se va por el foro derecha.)

EJORANA. *(Saludando sombrero en mano.)*
Señor Conde...

ARIALVA. ¡Hola... torero!
¡Bien vas a lucirte!

EJORANA. ¡En buena
me he metido, señor Conde,

ARIALVA. Y ahora, vete.

EJORANA. Bien.

ARIALVA. Dispensa.

EJORANA. Señor Conde...
(Medio mutis hacia la izquierda.)

ARIALVA. ¡Qué!... ¿Te vas
a tu casa?

EJORANA. ¡Quién pudiera!
(Rectifica, bien a su pesar, y hace mutis por la derecha.)

ESCENA TERCERA

MARIALVA, ROMAN y TIMPANAS.

(Se oye rumor de voces por la izquierda.)

ROMÁN. *(Dentro.)*
¿Cómo que no se puede? ¡Bonito asunto!
¡Aunque tenga al palacio que prender fuego!

MARIALVA. *(A Timpanas, que asoma por la izquierda.)*
¿Quién es?

TIMPANAS. Román que quiere...

MARIALVA. Que pase al punto.
(Mutis de Timpanas.)
¡Hablarme del dichoso caballo ciego!

ROMÁN. *(Que entra en plan de riña, seguido de Timpanas.)*
¡Buenas tardes!

MARIALVA. ¡Caramba! ¡Qué a tiempo llega!
Aún no empezó la lidia del primer toro.

ROMÁN. ¡Señor Conde...!

MARIALVA. *(Tendiéndole la diestra.)*
¡Esa mano! ¡Qué! ¿Me la nieg
ROMÁN. *(Estrechándole la mano con frialdad.)*
¡Yo vengo por mis veinte monedas de oro!
MARIALVA. *(Como si no le hubiese oído.)*
¿Y esos negocios? ¿Marchan? Pero, ¿qué vec
(Por una cicatriz que lleva en la cara.)
¡Eso es un navajazo! Más, ¿cómo?, ¿dónde?
ROMÁN. *(Mohino.)*
Cierta noche...
MARIALVA. *(Jovial.)*
Y... fijarse... ¡No le hace feo!
ROMÁN. Ya está en antecedentes el señor Conde.
Pero esas son historias. ¡Venga lo mío!
MARIALVA. Pues su nariz... ¡por poco pasa un mal rato!
¿Verdad que tiene gracia?
(Marialva y Timpanas se ríen.)
ROMÁN. *(Serio.)*
Yo no me río.
¡Veinte monedas de oro por un cegato!
MARIALVA. ¿Habla de mi caballo; vamos, del suyo?
Ya le advertí que el pobre no tiene vista.
¿Lo recuerdas, Timpanas?
(Timpanas le apoya.)
Yo no rehuyo
la verdad; sobre todo, con gente lista.
(Timpanas vuelve a reírse; ahora silencios mente.)
¡Veinte monedas! ¡Vaya si fué barato
mi alazán!
ROMÁN. No se burle.
MARIALVA. ¡Lo digo en serio!
Que el hacerse mi amigo no entró en el trato
¡y la amistad de un conde vale un imperio!
ROMÁN. Pero...
MARIALVA. Además... le dejo que me tutee
por una temporada de quince días.
Y tutear a un conde... Román, ¿no cree
que da viso vendiendo caballerías?
ROMÁN. Señor...
MARIALVA. ¡Hay más! Por veinte monedas de or
—puesto ya a hacer favores no tengo tasa—
yo quiero que me vea lidiar un toro
desde el balcón más grande que hay en mi cas
¡Un balcón a la sombra!
TIMPANAS. ¡Y en tal corrida!
¡Lo que a u alentejano le corresponde!

RIALVA. ¡Y junto a la nobleza más conocida!
¿Qué le parece, amigo?

MÁN. *(Ya sonriente.)*
Que acepto, Conde.

RIALVA. ¿Ve usté? Perdí en el trato. Ya me da rabia.
¡Si no paga con otras veinte monedas!

MÁN. *(Acercándose familiarmente a don Juan.)*
¡Tú, Conde, lo que tienes es mucha labia!
(Con repentino temor.)
¿Puedo ya tutearle?

RIALVA. ¡Y aunque no puedas!
¡Tú eres mi amigo y basta!

MÁN. *(Entre emocionado y adulador.)*
¡Qué zalamero!

RIALVA. *(A Timpanas.)*
Procúrale en seguida buen acomodo.
(A Román.)
Y pide lo que quieras ¡menos dinero!

MÁN. Pídame el señor Conde.

RIALVA. *(Medio mutis.)*
¡Me sobra todo!
(Como acordándose, de repente, de algo.)
Hasta tengo un caballo de buena raza
que no sé a quién venderlo.

MÁN. *(Desentendiéndose.)*
Bueno, ¿por donde
para ver la corrida se entra en la plaza?

RIALVA. ¿No hacemos el negocio?

MÁN. Se estima, Conde.
(Timpanas se lleva a Román por la escalera de honor. Marialva, jovialmente, se va por la derecha.)

ESCENA CUARTA

SEVERA y el FALUA.

LÚA. *(Dentro.)*
No se puede entrar le digo.

VERA. ¿Que no se puede? ¡Ja, ja!
(Se abre violentamente la puerta del fondo y aparece SEVERA, *a la que intenta detener el* FALÚA. *Pero ella le da un empujón y él sale trompicado.)*
Yo soy la Severa y entro
como el sol por el cristal.

FALÚA. Pero, mujer...

SEVERA. Anda y dile
que estoy aquí a ese barbián.
¡Mira que encerrarme en casa!
¡Como que me iba a quedar!

(El Falúa, sin atreverse a replicar, ha mutis por el foro. Suenan dentro, por derecha, voces, palmas y rumores.)

¡Marialva! ¡Bendita sea
tu madre, ladrón! Se van
a derretir las mujeres
con tu alegría y tu sal.

CUSTODIA. *(Entrando por la izquierda.)*
¡Severa!

SEVERA. ¿Tú aquí, Custodia?
Ven, acércate y verás.

ESCENA QUINTA

SEVERA y CUSTODIA.

MUSICA

(Suenan de nuevo, aplausos, voces y rumores

CUSTODIA. ¡Severa!

SEVERA. ¡Es Marialva!
¡Mira cómo aplauden!
¡Y las señoritas
cómo se relamen!
¡Bajad, bajad aquí!
¡Es mío nada más!
¡Es mío! ¡Sólo mío!
¡Conmigo siempre está!

CUSTODIA. *(Que se aparta hacia el primer término de izquierda y mira con lágrimas el entusiasmo Severa.)*
¡Lo adora por valiente!
¡Porque sale a torear!...
Pues yo también me atrevo.
¡También yo soy capaz!

(Suena un clarín anunciando la s lida del toro.)

SEVERA. ¡El toro! ¡Ven, Custodia!
¡Acércate a mirar!
¡Olé! ¡Qué bella suerte!

CUSTODIA. *(A Severa, con los ojos brillantes, mientras estalla dentro una ovación ruidosa.)*
¡También yo soy capaz!
SEVERA. ¡Le arrojan flores!
¡Si es sólo mío!
CUSTODIA. Oye, Severa...
SEVERA. *(Sin hacerle caso.)*
¡Viva mi niño!
CUSTODIA. ¡Maldita sea!
Deja que mire.
SEVERA. ¡Vivan los hombres
que tienen figura,
vergüenza y valor!
CUSTODIA. Soy capaz de tirarme a la plaza
¡y así como estoy!
Si tú quieres, Severa, me tiro.
¿Tú quieres o no?
SEVERA. Tírate sin hablar;
y, si no, ven conmigo a mirar.
(Mirando por encima de la empalizada.)
¡Fíjate qué rejón!
No lo mejora ningún lidiador.
CUSTODIA. Luchar con el toro
sabré yo también.
¡Matarle o morir!
Soy capaz, si tú quieres,
Severa, por ti.
SEVERA. *(Encarándose con él.)*
¿Tú qué vas a hacer?
¡Calla, sacristán!
(Volviendo a mirar a la plaza, donde suenan palmas y trompetas.)
¡Segundo rejón!
CUSTODIA. ¡Que no soy capaz!
(Tirando de puñal y precipitándose hacia el portalón.)
¡Luchar con el toro!
¡Clavarle el puñal!
SEVERA. *(Asustada, intentando detenerlo.)*
¡Custodia!
CUSTODIA. *(Apartándola de un empujón y saltando a la plaza en un salto de fiera.)*
¡Pues mira
si yo soy capaz!
(Mutis.)

ESCENA SEXTA

SEVERA, MEJORANA y TIMPANAS. Luego, MARIALVA, CUSTODIA, DON JOSE, el MULATO y algunos HOMBRES y MUJERES.

SEVERA. ¡Custodia! ¡Custodia!
No vayas, ¡por Dios!...

TIMPANAS. *(Por la izquierda.)*
¿Qué ocurre, Severa?

SEVERA. Miradle. ¡Qué horror!

MEJORANA. *(Por el foro.)*
¿De dónde ha salido?

SEVERA. ¡Miradle! ¡Ya va!

MEJORANA. ¡El loco!

TIMPANAS. ¡El idiota!

SEVERA. ¡Dejadme mirar!
(Mirando con entusiasmo.)
¡Porque es un valiente!
¡Ya le adelantó!

MEJORANA Y TIMPANAS. ¡Y el Conde cogido!

SEVERA. ¡Y al toro llegó!
¡Valiente! ¡Valiente!
¡Ahí! ¡Bravo! ¡No!
(Suena, dentro, un grito angustioso, del público.)
¡Por tierra! ¡Y manchado
de sangre! ¡Qué horror!
¡Custodia! ¡Custodia!
(Adelantándose.)

MEJORANA Y TIMPANAS. *(Deteniéndola.)*
Mujer, ¿dónde vas?

SEVERA. ¡Salvadle vosotros,
canallas!

MEJORANA Y TIMPANAS. ¡Atrás!

DON JOSÉ. *(Entrando por el portalón, mientras por la escalera bajan y por la izquierda llegan algunos hombres y mujeres.)*
¡Entradle en el patio!
(Al ver a la gente que llega.)
¡Que nadie entre aquí!
(Timpanas acude a la izquierda y Mejorana al pie de la escalera para impedir la entrada; nuevas gentes, que ya asoman por uno y otro lado

y se detienen observando de lejos. El CUSTODIA, *medio desmayado, ensangrentado y lívido, entra sostenido por el* FALÚA *y el* MULATO, *que lo dejan en el centro de la escena, apoyado en la caja de rejones que había quedado junto a la cochera.)*

SEVERA. ¡Custodia, ¡Estás muerto!
¡Y ha sido por mí!
(Se arroja sobre él como una madre alocada.)

CUSTODIA. *(Con voz desfallecida.)*
Con mi faca maté al toro.
¡Yo soy valiente también!

SEVERA. ¡Pobre loco! ¡Pobre!

MARIALVA. *(Dentro.)* ¿En dónde está el canalla?
¿En dónde está?
¡Dejadme el paso libre ya!
Su torpe villanía
quiero castigar.
(Aparece por el portalón.)

TODOS. ¡El Conde!

MARIALVA. ¡Aprisa!... Decidme en dónde está.
Cogido fuí por él.
Si tanto puede su valor
que pruebe mi poder.

SEVERA. *(Irguiéndose y apartando al Falúa y al Mulato que, instintivamente, tapan al Custodia.)*
¡Aquí lo tienes! ¡Ven acá!

MARIALVA. *(Confuso.)*
¿Por dónde ha entrado esta mujer?

SEVERA. ¡Pégale si te atreves!

MARIALVA. Fuí cogido por él
y tú, mujer, le amparas.
¡Tú no mereces que yo te quiera!
(Intentando, inútilmente, apartarla.)
¡Quita de en medio o te estrello
contra esa pared, Severa!

SEVERA. Eso... ¡ahora lo veremos!

MARIALVA. *(Trémulo.)*
¿Eh?

SEVERA. El Custodia es más hombre que tú:
¡ese pobre infeliz sacristán!
Con el toro en la plaza luchó.
¡Y le quieres, cobarde, pegar!
(Esgrimiendo la navaja por encima de la cabeza de todos.)

Aquí está su navaja, valiente.
Anda y haz con el toro lo que él,
y si tienes redaños para ello,
¡sí que puedes pegarle después!

MARIALVA. Tú eres su amante.

SEVERA. Nunca lo fuí;
pero al Custodia nadie le pega
si estoy yo aquí.

MARIALVA. *(Agarrándola de un brazo para separarla.)*
¡Aparta, Severa!

SEVERA. *(Arrojándose sobre Marialva navaja en mano.)*
Aquí tú no te acerques,
¡porque eres un rufián!
(Luchan un momento Marialva y Severa.)

VOCES. ¡Quietos! ¡Severa! ¡Conde! ¡Marialva!

DON JOSÉ. *(Que había salido y vuelve, por la derecha, gritando.)*
¡Don Juan! ¡Don Juan!

CUSTODIA. ¡Dejadme mi navaja!
¡Lo mato! ¿Dónde están?
(En este momento Marialva arroja a Severa al suelo. Ella cae a los pies del Custodia.)

SEVERA. *(Recitado.)*
¡Bandido!

TODOS. ¡Ah!

VOCES. *(Dentro.)*
¡Marialva! ¡Marialva!

DON JOSÉ. Se suelta otro toro;
que tú rejonees
te piden a coro.

MARIALVA. *(A Severa.)*
Marialva es más hombre que nadie.
¡Nunca tú lo has debido olvidar!
Y el cariño que un día te dió
de este modo pretendes pagar.
Pero ya te has vendido tú misma.
Si al Custodia llegaste a querer,
no te acuerdes jamás de mi nombre...
¡y ya puedes marcharte con él!
(Volviéndose a sus amigos.)
Y que prosiga
la fiesta ya.
¡Como nunca sabré rejonear!
¡Van a ver todos
quien es don Juan!

VOCES. *(Dentro.)*

¡Marialva! ¡Marialva!

(Mutis de Marialva, Don José, Mejorana, El Falúa y El Mulato por el portalón. Los invitados se vuelven por la escalera grande a sus sitios. Las gentes del pueblo, echadas por Timpanas, salen por la izquierda.)

SEVERA. *(Recitado. Queriendo levantarse y seguir a Marialva.)*

¡Bandido! ¡Bandido!

(Al Custodia, que, trabajosamente, se ha incorporado y la sostiene en sus brazos.)

Custodia, estoy muerta.

CUSTODIA. No temas, mujer, ven a mí.
Yo seré tu consuelo.

(Se levantan ambos penosamente.)

SEVERA. ¡Ay, Dios, yo me siento morir!

CUSTODIA. ¡Por fin, oh, mujer,
al pobre loco vas a querer!
¡Bendita la cruz
de aquella inagotable pasión!

SEVERA. ¡A mí vienes tú
sin ver que la Severa acabó!

(Custodia lleva de la mano a Severa y la conduce hacia la puerta de la izquierda.)

¡Custodia! ¡Custodia!

CUSTODIA. ¡Mi vida! ¡Mi amor!

(Suena de nuevo el clarín; y una ovación frenética, de palmas y gritos, estalla dentro. Timpanas, que se había quedado mirando a la triste pareja, hecha a correr hacia la plaza, al oír los aplausos al Conde. Severa se vuelve instintivamente. Custodia la arrastra hacia fuera.)

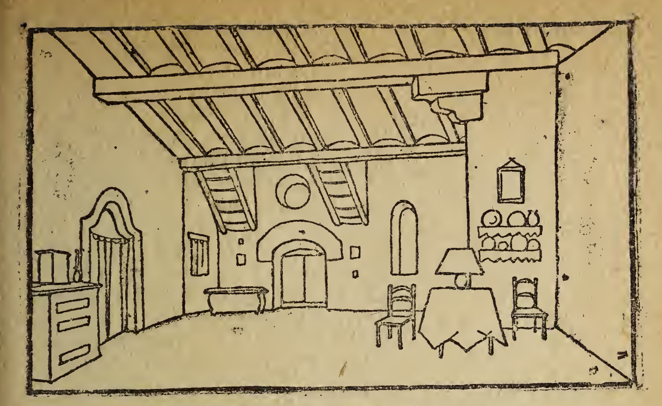
¡Mujer!

SEVERA. *(Mirando hacia la derecha.)*

¡Ladrón!

TELÓN RÁPIDO





ACTO TERCERO

En casa de SEVERA. La misma decoración del acto segundo. La puerta del foro y la ventana, cerradas.

ESCENA PRIMERA

SEVERA y el CUSTODIA.

SEVERA duerme sobre el sofá de paja, cubierta con una manta burda. El CUSTODIA, sentado en un banco, duerme también, apoyando la cabeza en los brazos, que tiene cruzados sobre la mesa. En la cómoda arde una lamparilla en un vaso.

MUSICA

(Hay unos instantes de orquesta sola. Después, convenientemente espaciados, van sonando, dentro, por derecha e izquierda, diferentes pregones.)

VOZ DE UN ZAGAL.
De las vacas
de mis prados
la blanca crema,
¿quién llevará?
¿Quién no quiere el tesoro
de mis vaquiñas?
El nuevo día
me sorprendió saliendo
de la alquería.

VOZ DE HOMBRE
¡Panadero, panadero!...
¿Quién va a comprarme
el pan moreno?

VOZ DE MUJER. ¡La buñolera!
Los buñuelos calientes.
La buñolera
que ha llegado ya.
¡La buñolera!
¡Buñuelitos y churros!
¡Vaya un regalo para el paladar!

(El Custodia, al sonar el primer pregón, ha levantado la cabeza y mirado en su torno. Se frota los ojos, se levanta y abre la puerta, por la que penetra una claridad de aurora. Aparece el ZAGAL, *que le entrega una cántara de leche. El Custodia coloca la cántara sobre la mesa y cierra la puerta. El Zagal se aleja hacia la derecha.)*

VOZ DEL ZAGAL. De las vacas de mis prados,
la blanca crema
¿quién llevará?
¿Quién no quiere el tesoro
de mis vaquiñas?
El nuevo día
me sorprendió saliendo
de la alquería.

(El Custodia abre la ventana, por la que entra el primer rayo de sol, que ilumina el rostro dormido de Severa.)

CUSTODIA. Severa: rosa de pasión,
hoguera de amor fatal,
no mueras tú sin ver
cómo te quiero yo,
rosa y mujer
que el sol de abril fundió.
Severa: ruiseñor gentil,
orgullo de Portugal,
quiero que vibre en ti
la sin igual canción
donde aprendí
lo que es pasión.
Portugal,
Portugal,
bello campo de rosales,
donde suena el dulce fado
con cadencias celestiales.
Portugal,
Portugal,

nido amable de quereres,
entre todas tus mujeres
la Severa es alma y flor.
Canta tú, mujer,
el amor.
Canta sin cesar,
ruiseñor.
Severa: rosa singular,
orgullo de tu país,
no mueras sin saber
mi afán y mi dolor:
flor y mujer,
sueño de amor.

HABLADO

SEVERA. *(Se incorpora, aún medio dormida, mira a un lado y otro y pregunta al Custodia:)*
¿No ha venido?

CUSTODIA. ¿Quién?

SEVERA. ¡El Conde!
¿No ha venido?

CUSTODIA. *(Sin poder reprimir un gesto de dolor.)*
No, mujer.

SEVERA. Me pareció que llegaba.

CUSTODIA. Anda, acuéstate otra vez.

SEVERA. ¿No eres mi amigo? Pues dime
que vendrá.

CUSTODIA. *(Resignado.)*
Te mentiré.
¡El Conde vendrá! ¡Te quiere!

SEVERA. *(Después de un silencio, llegándose a él poco a poco.)*
Yo a ti te quiero también.
Y nunca te he dado un beso,
¿verdad?

CUSTODIA. *(Como despertando de un sueño.)*
No.

SEVERA. Te lo daré.
como prueba de cariño.
(Besándole.)

CUSTODIA. *(Emocionado.)*
¡Un beso! Ha sido el primer
beso de mi vida.

SEVERA. ¿Nadie
te besó?

CUSTODIA. No ha habido quién.

SEVERA. ¿Nos ponemos tristes? ¡Nunca!
Mira: quiero conocer...
¡tus planes!
CUSTODIA. *(Sonriendo.)* Voy a ser rico.
SEVERA. ¿Tú? ¿De veras?
CUSTODIA. Lo seré.
¿No viste en Ladra una tienda
de imágenes, con dintel
muy bajo?
SEVERA. ¿Ya hacia la esquina,
cerca del lencero?
CUSTODIA. Es
de una hermana de mi padre...
(Muy alegre.)
... ¡que está enferma! Y, desde ayer,
me aguarda para que cuide
de la tienda. Luego iré.
SEVERA. *(Mirándole con piedad.)*
Pero, ¿entiendes tú de eso?
CUSTODIA. ¡Ya lo creo! ¿Tú no ves
que fuí sacristán y amigo
de santos?
ROMÁN. *(Dentro, golpeando la puerta del foro.)*
Severa...
SEVERA. *(Con sobresalto.)* ¿Qué?
ROMÁN. Yo, Román.
CUSTODIA. ¡Otro importuno!
SEVERA. *(Para sí, desalentada.)*
¡Virgen del Carmen! ¡No es él!

ESCENA SEGUNDA

DICHO y ROMAN.

SEVERA. *(Con voz fuerte.)*
Entra, Román. No está cerrada.
ROMÁN. *(Entra y se queda sorprendido ante la palidez de Severa.)*
¿Qué ha sido eso? ¿Ya estás bien?
CUSTODIA. *(Respondiendo por Severa y mirando al alquiladoi por encima del hombro.)*
Sí; ya está un poco mejorada.
SEVERA. Casi me mata ese hombre.
ROMÁN. ¿Quién?
SEVERA. Ya tú sabrás lo que pasó.
ROMÁN. Me lo contaron.

SEVERA. Y al venir
con éste,
(Por el Custodia.)
cerca ya, me dió
un dolor malo de morir.
CUSTODIA. Y se quedó sin respirar.
Llamé al doctor.
ROMÁN. Sí, lo he sabido.
(A Severa.)
Yo te he podido visitar,
porque soy hombre muy cumplido;
pero no sé quién me ha indicado
que no viniera por aquí,
porque querías a tu lado
sólo al Custodia.
CUSTODIA. *(Con orgullo.)* ¡Sólo a mí!
ROMÁN. Pues yo... no miento si te digo
que vengo a hacerte esta visita
para auxiliarte.
(Sacando del bolsillo un saquito de seda con monedas, que hace sonar.)
Soy tu amigo
de veras.
CUSTODIA. *(De mal humor, levantándose.)*
¡Nada necesita!
ROMÁN. ¡Qué sabes tú!
CUSTODIA. Que tengo yo
muchos patacos para ella.
SEVERA. ¡Custodia!
ROMÁN. Nadie la ofendió.
SEVERA. *(Cogiendo al Custodia y obligándole, dulcemente, a sentarse a su lado.)*
Ven aquí tú: no armes querella.
(A Román.)
Gracias.
ROMÁN. ¿Lo aceptas?
SEVERA. Eso, no.
ROMÁN. *(Guardándose el dinero.)*
Entonces, ya no sé si hablar.
SEVERA. Dime.
ROMÁN. Que allá en el Alentejo
vivo muy solo, en un hogar
cómodo y grande, pero viejo.
Entre sus muros siento un frío
que me traspasa el corazón,
y, ya a mis años, sólo ansío
llenar de luz el caserón.

¿Qué sol mejor para alumbrar
que el de unos ojos de mujer?
Una mujer que, en su cantar,
tal emoción pueda poner
que de placer me haga llorar.
Una mujer como Severa,
guapa y viril, buena y bizarra,
que por las noches, a mi vera,
llorar hiciera su guitarra.
Y así la luz del nuevo día
siempre a los dos sorprendería
cantando juntos y llorando.
Porque también es alegría
poder llorar de vez en cuando.
(Pausa.)
Con que ya sabes; yo me voy.
Sé que no estás ya con don Juan.
(Con ternura, yendo a abrazarla.)
Si quieres tú, nos vamos hoy...

Custodia. *(Que durante la relación de Román ha sentido varias veces impulsos de arrojarse sobre él, se levanta airado.)*
¡Fuera de aquí! ¡Bribón! ¡Chalán!

Severa. *(Conteniéndole y obligándole a sentarse.)*
¡Custodia!

Román. Pero...

Severa. *(A Román.)* No hagas caso.
(Por Custodia.)
Creyó tenerme siempre así.
Ya te responderé.

Román. ¿Me paso
entonces luego por aquí?
(Severa permanece indecisa.)
¿Dudas aún? Piénsalo bien.
Ve que la vida es como un juego
de cartas.

Severa. *(Mirando rápidamente la baraja de cartas que hay sobre la mesa.)*
Sí; de cartas. Ven;
pero ahora, déjame.

Román. *(Hace mutis por el foro con la manta doblada al hombro.)* ¡Hasta luego!

ESCENA TERCERA

SEVERA y CUSTODIA.

SEVERA. *(Barajando maquinalmente las cartas.)*
¡Adiós!

CUSTODIA. *(Que ha seguido con la vista a Román hasta que ha desaparecido.)*
¿Te irás con él?

SEVERA. Quisiera
saber si va a venir don Juan.
¡Hablen las cartas!
(Echándolas.)

CUSTODIA. *(Dolorosamente.)* No, Severa.
Las cartas nada te dirán.

SEVERA. Déjame. Quiero ser zahorí;
que ellas me digan qué he de hacer.
(Después de una breve pausa, mientras que sigue echando cartas.)
¡Vendrá! ¡Vendrá! ¡Dicen que sí!

CUSTODIA. *(Dolorosamente.)*
¡Para avivar mi padecer!

SEVERA. *(Levantándose muy contenta y abrazando al Custodia.)*
Tú no te apures, Custodia,
que no dejo de quererte.

CHICA. *(Asomando por la ventana.)*
¡Severa!

SEVERA. ¡Chica! ¿No pasas?
(Entra la Chica.)
¿Dónde vas?
(Al Custodia, que ha cogido su sombrero y se encamina hacia el foro.)

CUSTODIA. *(Sonriendo.)* A mis quehaceres.
¿No te acuerdas?

SEVERA. *(Recordando.)* Ya.

CUSTODIA. En seguida
me tendrás aquí.
(A la Chica.)
¿Tú puedes
quedarte con ella?

CHICA. ¡Claro!

SEVERA. Ve tranquilo.

CUSTODIA. *(Haciendo mutis.)*
¡Quién pudiese!

ESCENA CUARTA

SEVERA y la CHICA.

SEVERA. *(A la Chica.)*
¿Y tu Diego?

CHICA. En el taller.
Desde que tú me proteges
me quiere más.

SEVERA. ¡Si él es bueno!...
(La Chica levanta la cortina del cuarto de Severa.)

CHICA. Pero, oye, Severa, ¿tienes
por hacer la cama?

SEVERA. Ahora
pensaba hacerla.

CHICA. ¿Qué? ¿Viene?

SEVERA. *(Agachándose para abrir el cajón bajo de la cómoda.)*
¡No vino! ¿Quieres tirar,
que yo no puedo?
(La Chica lo hace.)
Fuí imbécil.
Me arrojé sobre él; le dije
los insultos más soeces...

CHICA. ¿Y él?...

SEVERA. *(Sacando ropa del cajón.)*
Me pegó.

CHICA. *(Con emoción.)* ¿Te pegó?
Entonces es que te quiere.

SEVERA. *(Abrazando a la Chica.)*
¡Ay, qué perdición la mía:
que me muero si no vuelve!

CHICA. Pero, ¿y si, al venir, le injurias
otra vez?

SEVERA. ¡No me condenes!
Que yo, de labios afuera,
pude insultarle mil veces;
pero, por dentro... ¡por dentro
le estaba besando siempre!
(Entra con la Chica en la alcoba y la cortina cae tras ellas.)

ESCENA QUINTA

DICHAS y DIEGO.

DIEGO. *(Entrando por el foro.)*
¡Chica! ¿Dónde estás? Soy Diego...

CHICA. *(Dentro.)*
Estoy aquí, con Severa.
¿Quieres algo?

DIEGO. No. Si era
por saber... Volveré luego.
(Se dirige a la calle.)
¡Adiós!

SEVERA. *(Dentro.)* ¡Adiós!

ESCENA SEXTA

DIEGO y DON JOSE.

DIEGO. *(Que, al ir a salir, tropieza con Don José, quien entra y le impone silencio.)*
¡Don José!

DON JOSÉ. ¿Está la Severa?

DIEGO. Está.
Con la Chica.

DON JOSÉ. *(En voz baja, llevándole aparte.)*
Ven acá.
¿Serás discreto?

DIEGO. Seré.

DON JOSÉ. Espera en el callejón
a don Juan y, cuando llegue,
dile que aguarde y sosiegue
porque ya estoy en acción.
Que él no entre hasta que vea
que dejo abierto el postigo.
Yo hablo con ella, le digo
cuatro cosas—lo que sea—
para saber qué ha pasado
con el Custodia, y en punto
de caramelo el asunto,
abro... y que venga.

DIEGO. *(Marchándose por el foro.)*
¡Enterado!
(Don José cierra cuidadosamente la puerta y, dirigiéndose a la alcoba, levanta la cortina.)

ESCENA SEPTIMA

DON JOSE, SEVERA y la CHICA.

DON JOSÉ. ¡Severa!

SEVERA. *(Saliendo del cuarto medio despeinada, con corpiño y falda.)*

¿Eres tú?

DON JOSÉ. *(Impresionado por la palidez de ella.)*

¿Qué fué?

¿Vas mejor?

SEVERA. Si no has venido
por tu voluntad, te pido
que te vayas, don José.

DON JOSÉ. ¿No estás mala? Vengo a verte.
(Se sienta en el sofá.)

SEVERA. ¿Solo?

DON JOSÉ. Solo. Hemos llegado
de una tienta en un cerrado
de Villafranca.

SEVERA. ¡Qué suerte!

DON JOSÉ. Fuí con don Juan.

SEVERA. *(Mordiéndose los labios.)*

¿Fué también?

(Después de una pausa.)

¿Y os divertisteis?

DON JOSÉ. ¿Yo? Nada.
Pero, oye, estás más delgada.
¿Necesitas algo?
(Levantándose y sacando un bolsillo de malla de plata.)

Ten...

SEVERA. ¡No! Pero, si necesito,
¿quién me lo da?

DON JOSÉ. Yo... o don Juan...

SEVERA. ¿Quién dices? ¡De ese rufián,
ni aunque fuera pan bendito!

DON JOSÉ. Lo que pasó aquella tarde
fué por culpa tuya.

SEVERA. ¿Mía?
¡Lo fué de su cobardía!

DON JOSÉ. ¿Llamas al Conde cobarde?

SEVERA. ¿Pegar a un hombre caído
no es cobardía? ¿Qué mal
le hizo Custodia?

DON JOSÉ. ¡Total!
El caballo tordo, herido;
tener que lidiar a pie...

¡y la suerte deslucida!
¿Es poco?

SEVERA. Pero, ¿y la herida
del Custodia?

DON JOSÉ. Y a ti, ¿qué?
¿Para qué esos imprudentes
gritos y esa indignación?

SEVERA. ¡Porque tengo corazón!

DON JOSÉ. ¡Porque te gustaba!

SEVERA. *(Con violencia.)* ¡Mientes!

DON JOSÉ. ¿Cómo entonces te has juntado
con él?

SEVERA. ¡Mientes! ¡No es verdad!
No es amor esa piedad
hacia un pobre desgraciado.
No tengo nada que ver
con el Custodia. ¡Por éstas!
(Jurando sobre los dedos en cruz y exaltándose cada vez más.)
Cuando seguisteis en fiestas,
viéndome desfallecer,
¿quién me levantó del suelo
sino el Custodia, el cuitado,
que, maltrecho y derrengado,
fué mi apoyo y mi consuelo?
*(Cogiendo por el brazo a la **Chica**, que acaba de salir de la alcoba.)*
Ven, Chica; tú misma vas
a decir lo que él ha sido
para mí, ¡porque ha tenido
más alma que los demás!
(Don José pasea y, disimuladamente, abre el postigo.)

CHICA. *(Conmovida.)*
¡Es verdad! No lo hay más fiel.

SEVERA. Y ya he comprendido al fin
que es que el Conde es tan ruin
que tiene celos de él.

DON JOSÉ. ¡Severa!

SEVERA. *(En un «crescendo» de violencia, con la cara congestionada.)*
Le mentirás,
porque quiero que le digas
que, si él tiene otras amigas,
tengo yo un amante más.
Que sólo al Custodia quiero
y que a su amor me entregué.

¡Miente, miente, don José!
Y dile a ese caballero
que no vuelva por aquí;
que ni es noble ni valiente,
puesto que yo solamente
en él un cobarde vi.
¡Don Juan un cobarde, sí!
Un torero pendenciero
que se las da de bravío,
¡un rufián!, ¡un bandolero!

MARIALVA. *(Que entra sin que le sientan, absorto al oír las últimas palabras de ella.)*
¡Severa!

SEVERA. *(Al ver al Conde, muda repentinamente la expresión de rabia en una sonrisa franca y apasionada y se arroja en sus brazos.)*
¡Tirano mío!
¡Si no vienes tú me muero!

ESCENA OCTAVA

DICHOS y MARIALVA.

MARIALVA. ¡Ay, mi pobre Severa!

DON JOSÉ. *(Desconcertado.)* ¡Qué mujer!

MARIALVA. *(Arrojándola sobre el sofá y acariciándola.)*
¡Déjame que te vea, pobre loca!
¡Cuánto por mí sufriste!

SEVERA. *(Enlazándole y cubriéndole de besos.)*
¡Ya eres mío!
¡Otra vez eres mío!

MARIALVA. ¿Me perdonas?

SEVERA. ¡Cállate! Nunca más saldrás de aquí,
o iré detrás de ti como una sombra.
Siempre perdidos, como dos gitanos;
siempre cantando, como dos alondras;
cuando quieras llorar, te doy mis ojos;
cuando quieras reír, te doy mi boca.
(Llevándose las manos al pecho en un acceso de opresión que la sofoca.)
¡Ay!

MARIALVA. *(Asustado, irguiéndola en sus brazos.)*
¿Qué tienes?

DON JOSÉ. *(Que se ha puesto la capa para salir y vuelve.)*
¡Severa!

SEVERA. *(Cayendo en el sofá.)* No, no es nada.

MARIALVA. *(Abrazándola dolorido.)*
¡Mi Severa!

DON JOSÉ. *(A la Chica que aparece en la puerta de la alcoba.)*
¿No hay agua?

MARIALVA. *(Con ternura.)*
¿Te mejoras?

SEVERA. ¡Una sofocación! Un calofrío...
¡Ya ha pasado!

MARIALVA. Y así, con esas ropas,
te enfriarás.

CHICA. *(Trayendo el agua, que Severa rechaza.)*
Severa, ven adentro.

MARIALVA. Anda, ve con la Chica, no seas tonta

SEVERA. *(A la Chica, yéndose hacia su cuarto con ella.)*
¿Lo has arreglado todo?

CHICA. *(A Severa.)*
No me falta
más que poner las fundas y la colcha.
(Cae la cortina tras ellas.)

ESCENA NOVENA

MARIALVA y DON JOSE.

MARIALVA. *(A Don José, bajo.)*
Pero, ¿el Custodia?

DON JOSÉ. ¿No te ha dado ella
la respuesta mejor?

MARIALVA. Es que me consta
que vivieron los dos aquí tres días,
con sus tres noches.

DON JOSÉ . ¿Y eso, qué te importa?
No hubo nada entre ellos. Y no sabes
lo bueno que con ella fué el Custodia
¡Hizo lo que no hiciste!

MARIALVA. ¡No me acuses!
He sido ingrato con los dos. Te sobra
la razón, Don José.
(Levantándose.)
¡Y aunque me hubieran
engañado es igual, si ella me adora!
Lo que yo necesito es alegría.
Y ella también. ¿No has visto que se ahoga?

DON JOSÉ. Bien lo veo.

MARIALVA. Y el médico, ¿qué dijo?

Don José. Que cree que no hay peligro por ahora,
pero que fué un amago de algo grave,
y hay que evitarle conmociones hondas.

Marialva. Por eso he dicho, cuando vine, a Diego
que trajese guitarras y unas copas.
(Pausa.)
Ya tardan. ¿Quieres ir? ¡Que vengan pronto!
¡De prisa, Don José!

Don José. ¡Volar me toca!
(Mutis de Don José por el foro.)

Marialva. *(Desolado.)*
Si se muere, he tenido yo la culpa.
¿Quién que no es ella canta aquí? ¡El Custodia!

ESCENA DECIMA

MARIALVA y el CUSTODIA. Luego, SEVERA. Después, ROMAN y la CHICA. Al final, DON JOSE, DIEGO, coro general y rondalla.

MUSICA

Coro. *(Dentro.)*
Con el trilurilurí, ¡reíd!
con el trilurilurí, ¡cantad!
Déjame niño que cante y que ría,
déjame niña reír y cantar.

Custodia. *(Que entra por el foro, muy contento, repitiendo el estribillo del Coro, que deja en suspenso al ver al Conde.)*
Déjame niño que cante y que ría,
¡déjame niña reír y cantar!...
¡Ah!
(En cuanto descubre a Marialva, se separa de él en un salto de defensa instintiva y tira de navaja. Suenan dentro guitarras que van acercándose.)

Marialva. *(Después de un momento de duda, avanzando hacia el Custodia con gran sencillez.)*
Custodia, no temas;
quiero ser tu amigo.
Como fuiste bueno,
soy agradecido.
Tu noble conducta
no debo olvidar.

CUSTODIA. *(Dejando caer la navaja y cayendo en una silla.)*
¡Dios mío! ¡Dios mío,
No hago falta ya.
¡Dios mío! ¡Dios mío!
¡Qué será de mí!
¡Ya todo lo perdí!
(Suenan más cerca las guitarras.)

SEVERA. *(Saliendo de su cuarto, muy alegre, ya vestida.)*
¿Guitarras? ¿No oís?
(Dando con el Custodia, que solloza.)
¿Qué tienes, Custodia?

CUSTODIA. ¡Nada!
(Riendo forzadamente.)
¡Adiós, Severa!
(Se levanta y va hacia la puerta.)

MARIALVA. *(Cortándole el paso.)*
¡Quiero que te quedes
aquí con los dos!
(Recoge del suelo la navaja que dejó caer el Custodia y se la entrega a éste, que la toma maquinalmente.)
Y sabrás lo que valen
los amigos como yo.

SEVERA. *(A Marialva.)*
¡Qué bueno eres!
(A Custodia.)
¡Y tú qué bueno!
Venid conmigo.
Feliz me hacéis.
(Se sienta en el sofá y siente un ahogo.)
¡Ay!

MARIALVA. ¿Qué te pasa?

SEVERA. No sé...

CUSTODIA. ¡Severa!

SEVERA. No es nada...

CUSTODIA. ¡Sufres!

MARIALVA. Severa, ven.
(La lleva hacia el cuarto, suavemente, ayudándole el Custodia.)

SEVERA. ¿No oís? ¡Guitarras!
¡Ay, qué alegría!

MARIALVA. Tienes ahora
que descansar.

CUSTODIA. ¡Severa mía!
SEVERA. ¡Ay!...
CUSTODIA. ¿Qué te pasa?
MARIALVA. Ven a tu cuarto.
SEVERA. ¡Quiero cantar!
(Mutis de los tres por la derecha. La Chica sale, en este momento, del cuarto.)
CHICA. ¡Cuánto se ha emocionado!
ROMÁN. *(Entrando por el foro.)*
¿No está Severa aquí?
CHICA. Severa con el Conde
volvió a ser feliz.
SEVERA. *(Dentro.)*
«Fuí desgraciada en el mundo
desde que saya vestí
y quiero morir cantando
ya que llorando nací».
(La voz de Severa ha quedado cortada sin terminar el fado. Se oye dentro un grito de los dos hombres.)
MARIALVA. *(Dentro.)*
¡Severa! ¡Mi Severa!
ROMÁN. *(Que durante la canción se había quedado embobado, mira a la Chica y dice.)*
¿Qué ha sido? ¿Qué pasó?
(La Chica rápidamente entra en el cuarto. Román mira hacia el interior.)
¡Severa! ¡No se mueve!
¿Qué es esto, santo Dios?
CUSTODIA. *(Que sale tambaleándose de la alcoba.)*
¡Muerta! ¡Muerta cayó!
(Como enloquecido.)
¡No puede ser, Severa!
¡No puedes tú morir,
mi amor!
¡Severa! ¡Alma mía!
¡Yo quiero que sepas que doy
por tí mi vida!
(Va a caer, hecho un trapo, en el sofá. Román se ha descubierto y mira un poco temeroso hacia el cuarto. En este momento irrumpe en escena el CORO *con rondalla de guitarras. Figuran entre los que*

llegan DON JOSÉ, DIEGO *y distintos tipos de hombres y mujeres del barrio.)*

CORO. *(Antes de entrar.)*
Con el trilurilurí, ¡venid!
Con el trilurilurí, ¡llegad,
Viva el conde de Marialva,
que es persona principal...
(Entrando.)
Tra, lará, tra, lará, la...
...porque es noble y es valiente
¡y hoy nos quiere convidar!
Con el trilurilurí, ¡reid!
Con el trilurilurí, ¡llegad!

MARIALVA. *(Saliendo del cuarto y yendo a su encuentro.)*
¡Callad, callad, malditos!

CUSTODIA. *(Incorporándose y señalando hacia el cuarto.)*
¡Mirad! ¡Muerta cayó!

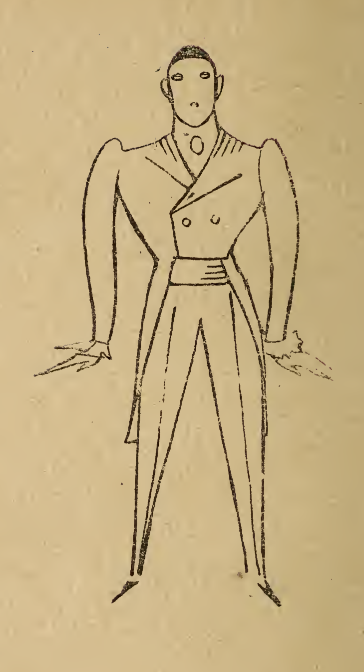
TODOS. ¡¡Muerta!!
(Se detienen en seco los recién llegados, formando cuadro. Las guitarras cesan de tocar también, bruscamente.)

CUSTODIA. El alma entera te di.
¡Contigo mi alma voló!

MARIALVA. *(Arrodillándose frente al cuarto de Severa.)*
¡Ay mi Severa, perdón!
Tu amor, que se fué,
mi vida destrozó.
(Irguiéndose y dirigiéndose a todos los presentes, que se han descubierto, respetuosos y emocionados.)
¡Llorad, fadistas, llorad,
que la Severa murió!
El fado ha muerto con ella
¡después de mi corazón!
(Román se ha arrodillado ante la puerta del cuarto. Otros hombres y mujeres le imitan. Marialva y el Custodia se abrazan. La Chica, que salió del cuarto de Severa, comienza a encender luces en el oratorio.)

TELÓN

FIN DE LA OBRA



LA FARSA

PUBLICACION SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA, S. A.—Sección de Publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y Verneuil, traducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
3. LA VILLANA de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Vives.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche, música del maestro Rosillo.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptación escénica de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo C. Carreño, música de los maestros Soutullo y Vert.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE O LAS VELEIDADES DE ELENA, de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Armont y Gerbidón, versión castellana de José Juan Cadenas y Enrique G. Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Guerrero.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON-MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Emilio Carrère y Francisco de Pacheco, música del maestro Pablo Luna.

23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina. (Núme homenaje a María Guerrero.)

24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.

25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.

26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.

27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.

28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.

29. LA PETENERA, de Francisco Serrano Anguita y Manuel Góngora.

30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche, música Soutullo y Vert.

31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.

32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Antonio Paso y Antonio Estremera.

33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque música de Moreno Torroba.

34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinlay.

35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.

36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.

37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.

38. LA MORERIA, de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, basada en la obra de Julio Dantas "La Severa", música del maestro Rafael Millán.



Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas
Paseo de San Vicente, 20. Madrid.